

FBI

LA FORMULA "X"

M. SAAVDROVITCH

PARKING



FBI



FR

Título del original, en inglés:
THE FORMULA X

© M. Saadrovitch
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Número de Registro: 894-65
Depósito Legal: M. 10.373-1965

Printed in Spain

Rafael F. Carasa. Impresor. Madrid

M. SAADROVITCH

La fórmula X

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de M. SAAVDROVITCH publicadas
en nuestras colecciones:

Colección Oeste:

Núm. 179.—Apache Blanco.

Colección F.B.I.:

Núm. 719.—La muerte tiene cien caras.

- » 722.—Homicidio casual.
- » 728.—...Y diente por diente.
- » 740.—El hombre de la NKVD.

Colección Selecciones F.B.I.:

Núm. 233.—Tras el telón de bambú.

- » 266.—Crimen al acecho.

Colección Patrulla de Combate:

Núm. 120.—¡Listos para saltar!

- » 126.—Zarpazos de madrugada.
- » 132.—Misión: eliminar a Hitler.
- » 136.—Los halcones del Pacífico.

Colección Panzer División:

Núm. 8.—¡Bombas, fúera!

- » 13.—La guerrilla invencible.

Colección Extra-Oeste:

Núm. 473.—Humo en las cumbres.

- » 490.—El Valle de los Muertos.
- » 663.—El reto de Colorado Silver.

La fórmula X

M. SAADROVITCH

PRIMERA PARTE

EN CABO CAÑAVERAL

E

ERA un lugar extraño, rodeado de misterio. Las conversaciones de los hombres que allí había sugerían la existencia de una era que aún no había llegado.

«Puerto Espacial número 1», «Centro de Mando Terrestre», «Pista Terrestre número 1»; estos eran algunos de los lugares que se citaban. Nombres relativos a la era del espacio.

Sin embargo, aunque los esfuerzos de aquellos hombres estuvieran dirigidos hacia un remoto futuro, sus pies estaban firmemente enclavados en el siglo Veinte.

El lugar era Cabo Cañaveral. La fecha, 11 de octubre de 1958.

La hora, tres de la madrugada.

La carrera hacia la colocación de un satélite artificial, el primer intento de asomarse al espacio, había sido ganada por los rusos con su «Sputnik». Ahora se trataba de colocar otro satélite, pero en órbita alrededor de la luna.

El cohete que había de colocarlo estaba ya listo. Se llamaba «Pioneer I». Medía 88 pies de altura. Parecía impresionante, pero la verdadera medida del esfuerzo que suponía aquel lanzamiento estaba en conocer que en la operación habían intervenido la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio, la División de Cohetes Balísticos de la Fuerza Aérea y los Laboratorios de Tecnología del Espacio.

Luego, estaban los delegados de la Industria Privada. La primera sección del cohete, un proyectil Thor, había sido montada por la Compañía Doglas, la segunda por la Aerojet-General Corp. y la tercera por Allengany Ballistics Laboratory of Hercules Powder Co.

Sin embargo, estos equipos no eran sino los principales. No menos de cincuenta firmas científicas e industriales tenían parte en el proyecto, con un incontable número de miles de hombres.

Después, estaba el trabajo directo de la llamada «Galería de Tiro de Cabo Cañaveral», que se extendía por seis mil millas en el Atlántico, en total dieciocho mil hombres, auxiliados por una flota de cuarenta y un aeroplanos y once buques de alta mar.

Para resumir, la organización que mandaba el general Yates, de la fuerza Aérea, había costado quinientos millones de dólares en

instalaciones y material y gastaba unos ciento treinta anualmente en gastos de mantenimiento.

No es extraño que en este día hubiera una expectación tremenda entre el personal de Cabo Cañaveral.

Aproximadamente un año antes, considerando los complicados movimientos de la tierra, la luna y el sol, habían calculado los astrofísicos que el lanzamiento podría tener éxito solo en tres períodos de dieciocho minutos, cayendo en sucesivos días de cada mes.

La más temprana fecha posible para intentarlo era esta, precisamente, el 11 de octubre, a las 3,42.

Los técnicos, desde sus casamatas de cemento, se preparaban para el momento supremo. El andamio de acero que había servido para montar el proyectil sería quitado en el último momento.

Ahora, aún se estaban dando los últimos toques. El personal que trabajaba en la torre llevaba las suelas de los zapatos protegidas por planchas antiestáticas de bronce, para evitar la posibilidad de que un clavo levantara chispas del acero de las plataformas, poniendo en marcha el ingenio de una forma imprevista.

Se habían abierto las válvulas que inundaban la pista de cemento con medio pie de agua, para prevenir la corrosión del piso por el terrible calor del escape.

Una vez que se retiró la torre, el proyectil ofrecía un espectáculo más impresionante aún. En el vacío exterior, cada cohete debe llevar su propio oxígeno para permitir la ignición del combustible. Oxígeno líquido, a la tremendamente baja temperatura de 297 grados bajo cero, según la escala Fahrenheit, ha sido inyectado en los tanques. El exceso de gas está escapando por las válvulas, cubriendo el lugar con una espesa neblina.

Ahora, solo una grúa con los cables de mando para el disparo permanecían junto al cohete. En la jerga del personal, esto se llamaba «el cordón umbilical».

Se acercaba el momento del lanzamiento.

* * *

—¡Todo el personal no operante debe abandonar el área! — gritan los altavoces.

A partir de este momento, un equipo de control, compuesto de cuarenta y siete hombres al mando del capitán Griffith, ingeniero de la Fuerza Aérea, se encargará de todo.

Desde las casamatas de cemento, el personal vigila atentamente.

—«T» menos cuatro minutos —se oye por el altavoz.

«T» es por «Test-time», hora de la prueba.

Los hombres están comprobando sus diales. Presión del combustible... presión del oxígeno... temperaturas...

Los minutos pasan lentamente. Cada uno de ellos es señalado por el altavoz. La cuenta parece interminable. Pero no lo es. Llega:

—«T» menos un minuto.

Griffith no cesa de mirar el gran reloj que está en la pared de la casamata. Seis segundos antes de la hora, alarga la mano y oprime un botón. Ahora, el computador electrónico se encargará de la cuenta, con una precisión que se mide en microsegundos.

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno...

El cero no se oye. Una brillante llamarada cubre la zona, partiendo de la cola del cohete. Ondas de sonido inimaginable hacen que la tierra se estremezca. La base de la plataforma se cubre del vapor formado por miles de galones de agua que se vaporiza bajo el efecto de las llamas.

La grúa que mantiene los «cordones umbilicales» gira hacia la izquierda, dejando libre el cohete. Lentamente, el proyectil se eleva. Luego, a cada instante, gana velocidad y altura, haciéndose difícil seguirlo con la vista.

Estalla un clamor de victoria entre el personal, la inmensa estela de fuego se curva hacia el Noroeste, el curso proyectado. En unos momentos desaparece, no siendo ya visible entre el fulgor de las estrellas.

Dentro de dos días y medio, el satélite deberá estar circundando la luna.

* * *

El lanzamiento fue un éxito a primera vista. Pero luego las cosas ya no fueron tan bien.

Por alguna razón, desconocida por el momento, el éxito se iba a convertir en fracaso.

Solo seis horas después del lanzamiento, las estaciones de seguimiento habían estado proporcionando informes a razón de dieciséis mil datos por minuto. Algo increíble, fantástico, pero así trabaja la «Galería de Tiro» de Cabo Cañaveral.

Con arreglo a esta información, el general Yates y sus dos principales ayudantes, Kenneth McLaren, vicepresidente de la RCA, y Richard Mitchell, con el mismo cargo en la «Pannamerican», sostuvieron una conferencia. El resultado se tradujo en una llamada

urgente al mayor George H. Coe, de los Servicios de Seguridad de la Fuerza Aérea en Cabo Cañaveral.

Ahora bien: como es fácil suponer, los asuntos de la base tenían un carácter tan secreto como podía ser humanamente posible. Se desconocen los datos exactos de la conversación, pero el mayor Coe estaba preocupado cuando terminó la reunión.

Tan severamente se guardan las reglas del secreto que el mayor, teniendo necesidad de requerir ayuda de alguien, se vio imposibilitado de utilizar el teléfono y tuvo que hacer un viaje, personalmente, a la capital de la nación, en avión.

Allí se entrevistó con el secretario de Defensa, al cual presentó una carta del general Yates. El secretario utilizó el teléfono durante la entrevista. Llamó a la sede del F.B.I., hablando con J. E. Hoover. Le recomendó el caso del mayor Coe y Hoover, siempre prudente, no se comprometió a nada. «Haré lo que pueda, señor», fue lo que dijo.

Con esto, Coe se despidió del secretario de Defensa y se personó luego en el despacho.

El director del F.B.I. es conocido como hombre de rápidas decisiones; sin embargo, en esta ocasión necesitó consultar con tres de sus más inmediatos colaboradores. Míster Harbo, subdirector, míster Tolson, director adjunto, y míster Mohr, subdirector, fueron llamados a su despacho y se consultaron intensivamente los archivos del personal hasta dar con el hombre que necesitaban.

—Robert Ranoke —observó míster Hoover—. Está aquí, en la oficina de Washington, formando parte del personal del inspector Girty. Vea la fotografía, míster Coe. Le enviaremos a este hombre lo más rápidamente posible.

El mayor examinó la foto. Se trataba de un hombre joven, como de veintiocho a treinta años, cuyas facciones parecían talladas en granito. Era una cara extraordinaria y Coe esperaba que aquel agente fuera tan inteligente y decidido como la fotografía parecía indicar.

Leyó algunos de los datos del expediente.

—Abogado y técnico electrónico —dijo en voz alta—. Esto me conviene mucho. Podrá trabajar formando parte del personal de la base. Bien, señores, les agradezco su colaboración.

Coe, mucho más tranquilo, se instaló en un hotel de la capital y durmió hasta la hora de cenar. Luego, a cosa de las diez de la noche, tomó el avión de Miami, con escala de Daytona Beach, su punto de destino.

El mayor Coe, al teléfono, escuchaba atentamente. Le hablaba el coronel Sparks, jefe del Servicio de Coordinación:

—La velocidad calculada era de unas veinticuatro mil millas por hora. Algo ha fallado y solo se han conseguido veintitrés mil seiscientas. El cohete debía alcanzar la órbita lunar mañana, trece de octubre. Pero, según nos informan, hoy, doce, acaba de caer sobre la atmósfera terrestre, desintegrándose en algún lugar sobre el Pacífico. Aún no se han examinado completamente los datos; sin embargo, es creencia general que algo falló en el sistema de guía, quizá los giróscopos.

—¿Sabotaje? —sugirió Coe.

Hubo una ligera pausa.

—Naturalmente, es posible —contestó finalmente Sparks—. Pero considere esto: hay más de trescientas mil piezas diferentes funcionando en un cohete como el «Pioneer I». Podría tratarse de un simple fallo casual. Sin embargo, la gente está más dispuesta a creer en un sabotaje que otra cosa cualquiera. Es un buen trabajo el que se ha llevado a cabo con el proyecto del «Pioneer I». Por otra parte, un sabotaje sería perfectamente posible. ¿Comprende, Coe? Aquí no hay más que gente escogida. Solo alguien del personal podría haberlo hecho.

—Bien, coronel —replicó Coe—. Le agradecería que me enviara un informe completo pero resumido de lo que opinan los técnicos. Algo que yo, que no soy un científico, pueda entender. La rapidez sería de desear.

—Cuenta con ello —aseguró Sparks—. He dado las correspondientes notas a mi secretaria y las está pasando en limpio. Dentro de una hora estará en su poder el informe.

El coronel Sparks fue fiel a su palabra. Antes de que transcurriera la hora, el informe estaba sobre la mesa de Coe. El mayor estudió atentamente lo escrito. El hacer fracasar el vuelo del «Pioneer I» parecía tan sencillo como difícil fue poner en marcha el complicado proyecto. Aun con solo añadir algo de peso relativamente pequeño, tan pequeño como ocho o diez onzas, podría causar un desvío en el sistema giroscópico que condujera al fracaso.

Si este era el caso, alguien de la base, un compatriota en quien la nación había depositado su confianza, estaba traicionando a los Estados Unidos. Coe torció el gesto al considerar esta posibilidad.

En aquel momento, por la intercomunicación, habló su

secretaría:

—Alguien quiere verle, míster Coe. Se trata de míster Ranoke.

Ranoke, el hombre del F.B.I., recordó Coe.

—Hágale pasar inmediatamente —ordenó.

Cuando entró Ranoke, Coe se dijo que resultaba mucho más impresionante que visto en fotografía. Medía casi seis pies de alto y se movía con la gracia y seguridad de un felino.

Cuando estrechó su mano le pareció estar tocando un bloque de madera; involuntariamente, miró hacia abajo, hacia aquella mano. Era grande y estaba encallecida más allá de toda ponderación.

—La práctica del «karate» hace esto con las manos —explicó sonriendo—; sin manos duras no hay luchador.

Coe sonrió.

—Espero ver entre ellas —dijo fervientemente—, al causante de todos estos trastornos. Bien, Ranoke, debemos empezar nuestra tarea. Gracias a los miembros de la organización tengo ojos y oídos en todo Cabo Cañaveral, pero no han servido de nada. Quizá solo se trate de fallos mecánicos, en, cuyo caso no llegaremos a ninguna parte. Esto me tranquilizaría. Sin embargo, un sexto sentido me advierte que están ocurriendo cosas raras. Debemos investigar. Para empezar, tiene usted un nuevo empleo; trabajará en el S.T.L., Space Technology Laboratories, para decirlo completo. Todos los días entra gente nueva aquí, de modo que no debe levantar sospechas el que le vean llegar mañana por la mañana. Creo que podremos guardar el secreto fácilmente.

Ranoke movió la cabeza negativamente.

—No estoy seguro de que eso sea lo mejor, mayor —observó—. ¿Cuánta gente hay aquí?

—La «Galería de Tiro» completa, con el personal destacado en las islas, pasa de dieciocho mil personas. Aquí, en Cabo Cañaveral, hay alrededor de dieciséis mil.

—Aunque solo hubiera cien personas —indicó Ranoke—, no podrán ser investigadas sino a costa de buena cantidad de hombres y mucho tiempo. La táctica debe ser otra.

Coe le miró fijamente. Luego sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Ranoke.

Los dos fumaron en silencio durante unos momentos.

—¿Quiere decir que sería mejor dar publicidad al asunto? —preguntó el mayor luego.

—No, necesariamente —sonrió Ranoke—. Simplemente, aludir al hecho casualmente cuando hable con algunos miembros del personal. Una observación aquí y allá, que permita a los

saboteadores darse cuenta de que corren peligro. Si se trata de un plan para hacer fracasar las pruebas del «Pioneer», aún tienen trabajo aquí; por tanto, tomarán medidas.

—¡Medidas para eliminarle! —exclamó Coe.

—Exactamente. Tendrán que hacer algo, entonces.

Coe movió la cabeza pensativamente.

—Poner una trampa cebada —observó es algo muy antiguo. Pero el cebo será usted. ¿No cree que correrá demasiados riesgos?

—A grandes riesgos, grandes resultados, espero.

Coe le tendió el informe que había recibido del coronel Sparks.

—Puede llevárselo. Estúdielo y saque sus propias conclusiones —dijo—. Le he buscado alojamiento. Ocupará un apartamento en el «Missile Motel», en Cocoa Beach. Es más bien lujoso.

—¿Quién paga la factura? —preguntó rápidamente Ranoke.

—El proyecto «Pioneer I». Es usted huésped nuestro.

Ranoke se guardó el informe en un bolsillo de la chaqueta y se dispuso a salir hacia su alojamiento.

—Conozco Cocoa Beach —dijo—. Estuve allá en el año cuarenta y nueve.

—Ha cambiado mucho desde entonces —advirtió Coe—. Se alojan allí casi todos los hombres que trabajan en Cabo Cañaveral y, también, ha sido descubierto el lugar por los turistas. Aquello es ahora una ciudad.

—Me gustaba entonces —sonrió Ranoke—. Creo que me seguirá gustando. Será como unas vacaciones.

Cuando se marchó, el mayor Coe ensayó uno de los gestos que le habían hecho famoso. Seguía sintiendo la misma sensación que le había impulsado a pedir ayuda a Washington. Pero un solo hombre era lo que había conseguido. Un solo hombre para desenmascarar a quienquiera que estuviera tras el fracaso del «Pioneer I».

Ranoke se encaminó hacia su coche, anclando bajo las estrellas. El aire estaba impregnado de olores marinos. A Ranoke le gustaba el mar y pensaba dedicar algún tiempo a la pesca, si le sobraba, lo que parecía bastante problemático.

En aquella hora de la noche las instalaciones de Cabo Cañaveral parecían completamente desiertas. Hoy no era día de lanzamiento.

Ranoke condujo el coche hasta la alta valla de tela metálica que separaba el lugar del resto del mundo. Allí entregó el pase al centinela y salió a la carretera.

Había unas veinte millas hasta Cocoa Beach. Las recorrió a poca velocidad, maravillándose de la quietud del ambiente y de la buena temperatura, en raro contraste con la de Washington.

Descubrió el «Missile Motel» fácilmente. Estaba a la derecha de la carretera y los luminosos letreros de neón eran fáciles de ver. Se desvió por el camino particular y dejó el vehículo en el terreno destinado al aparcamiento.

Luego, con la maleta en la mano, entró en el edificio y se dirigió al mostrador.

—Deben tener una habitación reservada a nombre de Ranoke, Robert Ranoke —le dijo al empleado.

Este consultó el libro registro y asintió.

—Efectivamente, señor. La número 412. ¿Quiere hacer el favor de firmar?

Ranoke firmó y el empleado hizo una seña con la mano. Acudió un botones, haciéndose cargo de la maleta de Ranoke y de la llave de su habitación.

Le condujo por uno de los pasillos hasta una habitación de la planta baja. Abrió la puerta y dejó pasar a Ranoke. Luego llevó la maleta dentro y recibió una moneda de medio dólar por sus servicios.

Inmediatamente, Ranoke deshizo el equipaje, colocando la ropa de la maleta en un armario. Se cambió después, poniéndose un cómodo pijama y comenzó a trabajar. Extendió el informe que le había entregado el mayor Coe sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

Aquello resultaba interesante desde muchos puntos de vista. Intentaba dar una idea del sucesivo montaje de las trescientas mil piezas, aproximadamente, de que constaba el «Pioneer I». El fallo de cualquiera de estas piezas, un simple tornillo que se hubiera aflojado, debería ser bastante para el fracaso de la prueba.

Sin embargo, con ciertas reservas, los técnicos se inclinaban a opinar que habiendo el cohete despegado normalmente y recorrido una buena parte de la distancia señalada, se podía esperar algo distinto. Cabía perfectamente en lo posible que un cambio de temperatura en el combustible o alguna avería en los giróscopos fueran lo que causó el fracaso.

Y, se indicaba, la adición de algún peso de pequeña cuantía en el cono que protegía el satélite habría producido el mismo desastroso efecto. Se hacía constar que el sistema de guía utilizado comúnmente para los proyectiles «Thor», uno de los cuales constituía la primera fase del «Pioneer I», hubiera sido lo bastante eficaz para corregir un defecto de esta índole.

Pero dicho sistema fue sustituido por otro, por razones de peso; se montó uno más ligero.

Ranoke encendió otro cigarrillo y pensó durante unos instantes. El fracaso del lanzamiento podía deberse a un simple accidente, como decían los técnicos. En tal caso la investigación no conduciría a ninguna parte.

Pero si alguien introdujo subrepticamente peso adicional en el cono del cohete, con la intención de evitar el éxito de la prueba, este alguien tenía que conocer la sustitución del mecanismo de guía normal por otro menos potente. Y, como consecuencia de ello, nadie sino alguno de los técnicos podía estar en posesión de tales conocimientos.

Sabotaje. Esa era la palabra. Sonaba muy mal. Pero su significado, en esta ocasión, era mucho peor de lo corriente.

El agente federal se dispuso a leer de nuevo el informe. Procedió muy despacio, reflexionando sobre el significado de cada párrafo, con lo cual tuvo trabajo para más de dos horas.

Finalmente, dejó los papeles a un lado y cargó su pipa. Era costumbre invariable de Ranoke fumar una pipa antes de acostarse, a pesar de ser fumador de cigarrillos.

Había cenado antes de ir a ver al mayor y no tenía apetito ahora. Reprimió un bostezo y se levantó para dar unos paseos a lo largo de la habitación.

II

A

LGUIEN llamó a la puerta suavemente. Ranoke se quedó rígido. ¿Quién, aparte del mayor Coe, podía saber que estaba alojado allí?

Ranoke extrajo su revólver del 38 de la funda que había dejado sobre la cama. Fue luego hasta la pared y se situó junto a la puerta.

—Pase —dijo—. Está abierto.

La puerta se abrió y apareció una mujer. Se quedó un poco perpleja, al no descubrir a nadie frente a ella, Ranoke la reconoció al momento. Se trataba de la secretaria del mayor. Entonces avanzó hacia ella, cerró la puerta y la miró interrogativamente.

—Supongo que habrá recibido una llamada del mayor Coe —dijo ella.

—Supone mal —replicó Ranoke—. No sé...

El timbre del teléfono comenzó a sonar y el agente federal se interrumpió. Acudió junto al aparato y levantó el auricular.

—¿Ranoke? —era la voz de Coe—. Tenía que haberle llamado hace media hora, pero he sufrido un retraso. He pensado que necesitamos un enlace, a fin de evitar que establezcamos contacto personal constantemente. Creo que no debemos aparentar que el secreto no nos interesa. ¿Le parece?

—Bien, mayor —asintió Ranoke—. Continúe.

—Le mando a mi secretaria. Supuse que le gustaría saber algunas cosas una vez que leyera el informe. Ella podrá informarle. Conoce esto tan bien como yo. En realidad, no tengo secretos para Rita.

Ranoke movió la cabeza, mirando de soslayo hacia la joven.

—Tiene mucha confianza —observó.

—Desde luego —rio Coe—. Quizá se deba al hecho de que es mi hermana.

—Comprendo —admitió Ranoke—. Creo que será útil. Pero hay peligro.

—Rita lo sabe. Tiene valor e inteligencia.

—De acuerdo, mayor. Hasta la vista.

Ranoke colgó el teléfono y le indicó una butaca a Rita.

—Podemos empezar a considerarnos amigos —sonrió—. Ya sabe mi nombre y yo el suyo. Rita Coe.

—Rita Caldwell —corrigió ella.

—¿Casada?

—Viuda. Mi marido murió en Corea.

Ranoke levantó una mano en el aire, imponiendo silencio. Sus sensibles oídos acababan de percibir un sonido metálico, de una naturaleza extraña que el agente federal fue incapaz de identificar.

Pero sí localizó su procedencia. Venía del cuarto de baño.

Cogió de nuevo su revólver y se deslizó sin hacer ruido hasta la puerta del fondo; estaba casi cerrada, dejando una abertura de un par de pulgadas.

Ranoke la empujó rápidamente y solo pudo ver que el cuarto de baño estaba vacío. Era un fanático del aire libre y la ventana la había dejado abierta cuando se cambió de ropa.

A pesar de que la luz estaba apagada, se dio cuenta de muchos detalles a causa de la que se filtraba desde la otra habitación.

Volvió junto a Rita.

Esta abrió su cartera y dejó algo sobre la mesa.

—Su placa de identificación —explicó—. Lleva una reproducción de la fotografía que le facilitaron al mayor en Washington, su nombre y número; deberá colocarla prendida en sitio visible durante el tiempo que esté dentro del complejo de Cabo Cañaveral. Como ya sabe, tiene asignado un puesto en el S.T.L. Allí formará con el equipo del doctor Peters; son el doctor Mueller, el doctor Parker, el ingeniero Adolf Kempel, el ingeniero Mark Fitzgerald, y los físicos doctores William Arnold y John Temple. Mueller y Kempel son alemanes naturalizados. Ya sabe que hay muchos aquí, relacionados con la fabricación e investigación de los cohetes espaciales. Conozco personalmente a los dos y les creo fieles a nuestra causa.

Se detuvo y sonrió levemente.

—Comprendo que mi opinión no es necesaria —aclaró—, pero lamentaría que se empezara la investigación con prejuicios hacia estos hombres. Han hecho mucho por nuestro país, que ahora es el suyo.

Ranoke tomó el paquete de cigarrillos y ofreció uno a Rita, volviendo a encender su propia pipa, que se había apagado.

—Nosotros no trabajamos sino con hechos —afirmó—. Buscamos pruebas y las sometemos a los encargados de aplicar la justicia. Mueller y Kempel serán investigados como cualquier otro sospechoso. No habrá prejuicios, puede estar segura de ello.

Otra vez aguzó el oído Ranoke. Le había parecido percibir un susurro, como si se arrastrara un papel por el suelo. Decidió que

sería el viento o algo parecido.

Entonces lo vio.

—¡No se mueva! —susurró.

Rita se quedó inmóvil. Por el rabillo del ojo observó que algo se estaba deslizando cerca de sus pies. Ranoke siguió los movimientos del reptil. Conocía la especie; una serpiente acuática de las llamadas de mocasín, cuyo veneno era mortífero en alto grado.

Estaba enroscándose en la pata de la mesa, a unas pocas pulgadas de ambos. Cualquier movimiento podría hacer que les mordiera a uno de los dos o, quizá, a ambos. Las serpientes de mocasín son muy activas.

Rita, fascinada, contemplaba a la serpiente en su lenta evolución. El reptil abría la boca, proyectando su lengua bífida de vez en cuando.

Ranoke trató de pensar algo. Estaba seguro de que si alargaba la mano para coger el revólver resultaría una catástrofe. Tenía que ser algo mucho más rápido. Un golpe de karate, por ejemplo. Estiró los dedos, listo para usar el borde endurecido de su mano cuando llegara la ocasión.

La serpiente balanceó su cabeza, casi rozando la rodilla de Ranoke. Este aguardó pacientemente, sintiendo que un sudor frío le estaba humedeciendo la piel. Aun así, se ocupó en pensar que Rita estaba demostrando un gran dominio de sus nervios.

Entonces, cuando el mortífero reptil levantó la cabeza, a ras de la pata de la mesa, disparó la mano derecha horizontalmente. El tremendo golpe cortó limpiamente la cabeza de la serpiente, rompiendo la pata del mueble.

Rita tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y Ranoke hizo lo mismo. Encendieron y fumaron silenciosamente durante un rato.

—El primer golpe —sonrió Rita.

—La dejaron caer por la ventana del cuarto de baño —explicó Ranoke—. Me pareció oír un ruido metálico. El recipiente donde la transportaban, al abrirse.

Ella movió la cabeza pensativamente.

—No tiene mucho sentido —observó—. ¿Qué adelantarán con matarle? Alguien se encargaría de proseguir las investigaciones.

—No se trata de evitar la investigación —dijo duramente—. Solo quieren atrasarla. Es tiempo lo que quieren ganar.

—¿Tiempo, solamente?

—Solo eso. Es una carrera contra reloj. El primer satélite artificial a la tierra fue la primera competición de esta índole en que

llegamos los segundos. Ahora, el propósito es el mismo. Ellos trabajan de firme y, al mismo tiempo, procuran retrasar nuestros proyectos. Nosotros no tenemos los mismos planes. Es un caso de mentalidades distintas.

Rita miró su reloj.

—He de marcharme —dijo—. ¿Puedo hacer alguna cosa más?

Ranoke asintió con la cabeza.

—Usted conoce a mucha gente en el complejo —indicó—. Esté atenta y procure averiguar si alguno de los hombres de la sección S.T.L. ha manejado algo que pese alrededor de una libra, un objeto cualquiera. Puede ser uno de esos encendedores de mesa que tanto se usan, por ejemplo. En realidad, podría tratarse de cualquier cosa metálica.

Rita se puso en pie.

—Debemos vernos de vez en cuando —expuso—. En alguno de los comedores o fuera del complejo. Así le podré pasar las noticias que me proporcione mi hermano y llevar las suyas a él. Le dejaré mi teléfono y el del mayor.

Anotó los números en una hoja de su libro de apuntes y la arrancó, dejándola sobre la mesa.

Ranoke la acompañó hasta la puerta, cerrándola luego con llave. Se detuvo en medio de la habitación, pensativamente, intentando comprender cómo sus enemigos sabían de su llegada. El atentado que se había cometido tuvo que ser preparado con algunas horas de anticipación, de eso no había duda.

Decidió que el viaje del mayor Coe a Washington no había pasado desapercibido para los saboteadores. Podían haberle seguido y vigilado constantemente. Si este era el caso, poco se podía hacer, aparte de esperar el próximo movimiento de sus enemigos.

Sobre todo, debería tener un cuidado especial. El atentado se repetiría.

Con estos pensamientos, Bert Ranoke se acostó, luego de cerrar las ventanas. Media hora después estaba ya durmiendo.

* * *

El laboratorio del S.T.L. fascinó a Ranoke. Era algo interesante trabajar allí. El equipo de científicos parecía extremadamente competente, gente con una gran seguridad en su trabajo. Ranoke tuvo ocasión de ver, por primera vez, una de las más metódicas e intrigantes fases del trabajo que termina al lanzar un cohete a la luna.

Cuando se lee en la prensa que el proyecto «Pioneer I» está en marcha, el gran público ignora que hay muchos otros proyectos complementarios en los cuales se trabaja también. Por ejemplo, una de las cosas de que le informaron cuando llegó al laboratorio fue de los sucesivos planes que ocupaban a los científicos.

Efectivamente. El proyecto «Pioneer II» estaba casi terminado y se trabajaba en el «Pioneer III», el cual estaba ya bajo el patrocinio del Ejército, en lugar de formar parte de los planes de la Fuerza Aérea, como el «Pioneer I» y el «Pioneer II». Aparte esto, antes del lanzamiento del «Pioneer I» había tenido lugar una previa prueba, en la cual se hizo despegar un cohete sin nombre oficial; había fracasado tras de 77 segundos de vuelo, alcanzando una altura de poca importancia para lo que se esperaba.

Es decir, que el fallo del «Pioneer I» era el segundo y no el primero. Aquel, el cohete sin nombre, partió de la base el 17 de agosto. Las noticias no eran tranquilizadoras.

Ranoke, sin embargo, puso manos a la obra bajo la directa dirección del doctor Peters. Se estaban comprobando y montando los aparatos que debería contener el cono del satélite «Pioneer II».

Mueller y Parker estaban ocupados con lo que parecía un magnetómetro y Kempel, con Fitzgerald, manipulaban en una pequeña cámara de ionización.

—Vea este aparato de televisión —sonrió el doctor Peters—. Es demasiado pequeño. Es decir, pequeño para lo acostumbrado. Procure identificarse con una idea que le hará más fácil el trabajo. Se trata de lo siguiente: Las actividades de Cabo Cañaveral se refieren a algo que pertenece al porvenir y no al pasado. Por tanto, todo se sale de lo corriente. Tan pronto como comprendamos que lo que ahora nos parece extraño por su tamaño o forma será lo normal en una era que está por llegar, las cosas se facilitarán enormemente. ¿Cuánto pesa un receptor de televisión corriente? Treinta o cuarenta libras, y una cámara varios cientos. Este aparato que tenemos aquí apenas alcanza catorce onzas. Pruebe a encontrar el fallo. Algún fusible está fundido.

Ranoke asintió con la cabeza. Se llevó el aparato a una mesa y se sentó a trabajar. Igual que los demás miembros del equipo le habían provisto de una bata de cirujano, con gorro y máscara. La única diferencia consistía en que la bata no era blanca, sino verde oscuro. Solo el gorro y la máscara parecían auténticas prendas para usar en un quirófano.

El juego de herramientas que tenía sobre la mesa eran también minúsculas. Tanto las piezas de los aparatos como las herramientas

debían ser manejadas con guantes. La simple grasa de los dedos sería suficiente para causar trastornos de consideración en los delicados mecanismos.

Comenzó a probar circuito tras circuito, con la corriente de pequeño voltaje de una batería. Halló el fusible fundido y lo reemplazó por otro del mismo paso y resistencia. Fue una tarea larga y tediosa; necesitaba el mismo cuidado que si estuviera manejando las pequeñas piezas de un reloj de señora.

Le llevó casi toda la mañana dejar la cámara de televisión lista.

Cuando la llevó al doctor Peters para que comprobara su funcionamiento, el científico le felicitó.

—Buen trabajo, Ranoke —sonrió—. No es frecuente que un técnico sirva para nada, útil en su primer día de trabajo. Tiene buenas manos.

Miró su reloj.

—Tendremos que irnos a comer —continuó—. Este trabajo es absorbente. Tuve que prohibir que se trajeran aquí la comida. Encontré una vez medio bocadillo dentro del hueco del «ojo» infrarrojo.

Una hora de descanso. Ranoke salió del laboratorio y se despojó de sus médicas vestiduras, dejándolas en el armario que le habían asignado, en una amplia estancia conocida como «la antesala».

El edificio donde se encontraban las oficinas del mayor Coe no quedaba lejos, unos cientos de yardas. Caminó hacia allá, bajo el amable sol de Florida, y esperó a Rita, tal como había convenido. La vio aparecer a los pocos minutos, sonriente y más atractiva aún que la noche anterior.

—¿Qué tal su primera mañana de trabajo en Cabo Cañaveral? —preguntó la joven.

—Interesante, por no decir apasionante —replicó Ranoke—. Creo que hasta hoy tenía yo una idea muy simple de lo que es lanzar un cohete al espacio. Solo apretar un botón y mirar hacia arriba.

Ahora veo algo más, miles de hombres y mujeres trabajando en equipo, ingentes cantidades de dinero y tiempo, muchos fracasos para obtener un éxito y, sobre todo, el fabuloso encanto de estar trabajando con máquinas y elementos que no pertenecen al año en que vivimos, sino al futuro. Yo diría que en Cabo Cañaveral, hombres del siglo XX están laborando y accionando como personas del XXI o el XXII. Uno de los sueños de la ciencia-ficción hecho realidad. Seres que aún no han nacido, viajando al pasado para echar los cimientos del futuro.

Rita le miró con cierta sorpresa. Luego rio alegremente.

—Creí que era usted un policía —contestó—. Me pareció usted ayer un hombre frío y de pocas palabras. Quizá lo sea. Entonces, sin duda alguna, el veneno de Cabo Cañaveral se ha metido en sus venas y está ya perdido; le costará mucho trabajo separarse de todo esto y volver a su vida normal.

—Eso es, precisamente, lo que define la situación —sonrió Ranoke—. Acaba de decir, «volver a la vida normal». Usted no considera esto de aquí «normal». No lo es, en modo alguno. Una aventura que tiene la ventaja de ir por senderos que nadie ha recorrido antes, eso es Cabo Cañaveral. No pienso hacerlo, pero esta mañana me cruzó el cerebro la extraña idea de volver aquí cuando acabe mi trabajo, de solicitar un puesto en el S.T.L. u otro de los departamentos de la base. Finalmente, para su información, añadiré el último comentario: Me gusta esto.

Rita señaló hacia un lugar a la derecha.

—El comedor más cercano es ese —observó—. Voy todos los días y resulta un lugar agradable, siempre que no ponga atención a las conversaciones.

Ranoke la miró interrogativamente.

—Ha surgido un nuevo idioma —aclaró ella—, el «slang» de los «hombres del espacio», como se llaman a sí mismos todos cuantos trabajan aquí, desde el más alto al más bajo.

Echaron a andar lentamente, gozando de la caricia del sol, y entraron en el comedor. Según le informó Rita, había muchos en todo el amplio espacio de la base, concesiones hechas a hoteleros mediante el pago de una prima anual.

—Lo malo de todo —añadió Rita cuando ya estaban sentados a la mesa—, es que los comedores dan mucho trabajo al Servicio de Seguridad de la base; el personal que emplean debe ser investigado, justo como cualquier otro miembro de esta comunidad. Están «dentro» y podrían ser peligrosas las infiltraciones de gente indeseable con el disfraz de camarero o cocinero.

Aquella observación merecía ser anotada y Ranoke la almacenó en su memoria. Lo tendría presente para el futuro.

El local era acogedor y sencillo. Un camarero les trajo la carta y pidieron una comida sencilla, en consonancia con sus gustos.

No hablaron mucho durante cierto tiempo. Solo al final, cuando les sirvieron el café, Rita hizo una observación que puso alerta a Ranoke.

—He efectuado algunas averiguaciones acerca de lo que hablamos anoche —dijo lentamente—. Usted dijo que le interesaba saber si se echaba de menos algo pequeño y de poco peso. Me

imagino que entre tantos miles de personas como hay en Cabo Cañaveral se perderán cosas cada día del año. Pero esto es original. Ha sucedido en el S.T.L., el lugar donde le han empleado. Hay un despacho general, donde los técnicos pueden ir a voluntad para estudiar cualquier asunto o tomar notas. De una de esas mesas ha desaparecido un pisapapeles.

Ranoke se puso alerta inmediatamente.

—Prosiga —pidió.

—Pertenece al doctor Mueller. En realidad se trata de algo curioso. El doctor encontró una herradura dando un paseo por el campo y se la llevó al despacho, para utilizarla como pisapapeles.

—¿Cómo se han enterado? —inquirió el agente federal.

—Mueller presentó la denuncia en nuestra oficina, por escrito. Al parecer le ha fastidiado mucho que le quiten la herradura. Seguramente la consideraba un amuleto para atraer la buena suerte. Puede que pensara lo mismo alguna de las encargadas de la limpieza y se la llevara. O, quizá, creyó que el lugar de una herradura, seguramente vieja y oxidada, era la lata de la basura.

Ranoke dejó la taza sobre su correspondiente plato y sonrió.

—Son unas suposiciones razonables —admitió—. No lo es menos que esa pieza de hierro emprendiera un viaje al espacio, alojada en el cono del «Pioneer I». Media libra de hierro, lo justo y preciso.

Rita le miró, asombrada.

—Resultaría la combinación ideal —admitió—. En el S.T.I. estaba el cono del cohete y la herradura. Solo faltaba la mano que cometiera el criminal acto. Se pueden deducir dos cosas, creo. Primero, tuvo que ser alguien del equipo; no podría un extraño llegar hasta el cono. Segundo, el doctor Mueller queda al margen del asunto. Nunca hubiera denunciado la desaparición de la herradura si fuera culpable.

Ranoke movió negativamente la cabeza.

—Sería posible, de todos modos —afirmó—; una jugada maestra. Usar la herradura y denunciar su desaparición. De todos modos, el hecho básico está por demostrar. ¿Se utilizó la herradura para desviar con su peso adicional el cono del cohete? Es una posibilidad, simplemente.

Rita le miró.

—Su trabajo es difícil, míster Ranoke —dijo con simpatía—. Hasta anoche tenía mis dudas acerca de que hubiera una conjura contra el proyecto del «Pioneer». Luego, vi aquella serpiente y comprendí que en las sombras trabaja un poder maligno que no

reconoce reglas.

—Esta época lo revoluciona todo —sonrió el agente federal—. Normalmente nuestra caza han sido asesinos y ladrones vulgares. Ahora, que tenemos proyectos que alcanzan el espacio, han surgido nuevos problemas, organizaciones tras las cuales está el comunismo internacional y gente que comete los mayores delitos para conseguir secretos vitales o, como en este caso, ganar tiempo para hacernos perder la carrera hacia los astros. Bien, creo que es hora de volver con mis nuevos compañeros.

Ranoke pagó la cuenta. Recordó luego que, según le había dicho el mayor Coe, el proyecto corría con sus gastos. Se guardó la nota en un bolsillo dispuesto a enviarla al mayor.

Salieron del comedor y dieron un corto paseo, aprovechando los minutos que aún tenían disponibles.

Dejó luego a Rita ante la puerta de su edificio y caminó hacia el que alojaba el S.T.L. Durante este corto trayecto oyó algo que le hizo detenerse al instante.

Había unos trabajadores junto a la estructura de un nuevo edificio que estaba en construcción. Estaban comiendo y uno de ellos acababa de abrir su caja metálica. Es este un objeto muy conocido, usado en todo el mundo; cajas con un asa en las cuales los trabajadores llevan su comida para no abandonar el lugar de la faena y economizar tiempo.

Este ruido metálico fue lo que hizo detenerse a Ranoke. Había oído algo parecido la noche anterior, cuando hablaba con Rita, en su casa. Procedía del cuarto de baño y le hizo ir allá para investigar.

Ahora, en este preciso momento acababa de averiguar cómo habían transportado la serpiente venenosa hasta su habitación del hotel. Alguien, con una de aquellas cajas metálicas, lo había hecho.

Prosiguió su camino y entró en una de las cabinas telefónicas que había repartidas estratégicamente por todo el espacio de la base. Marcó el número de Coe y habló con él.

—Escuche, mayor —le dijo—, se me acaba de ocurrir una idea. ¿Le ha contado Rita lo de anoche?

—Seguro. No perdieron el tiempo.

—En relación con ello me gustaría hacerles el trabajo más difícil. Ya que ustedes corren con los gastos, podemos permitirnos ciertos lujos.

—Depende del precio —gruñó Coe—. No vaya a creer que el dinero lo fabricamos nosotros.

—Claro que no —rió Ranoke—. Es poca cosa. Mande a alguien para que alquile la habitación que hay encima de la mía, bajo el

nombre de Smith, por ejemplo. Luego, envíeme la llave.

—¿Eso es todo? —aprobó Coe—. Creo que podemos permitirnos el dispendio.

—Gracias, mayor. Hasta la vista.

El enemigo conocía su llegada y había hecho la primera jugada para eliminarle. Él enemigo sabía muchas cosas. Pero Ranoke estaba dispuesto a poner en práctica algunos de sus trucos y a mantenerlos en secreto.

Entró en el edificio y se vistió con la bata y demás prendas obligatorias.

En el laboratorio estaban ya Peters, Mueller y Parker. Los demás llegaron sucesivamente en unos minutos y el trabajo se reanudó, montando los instrumentos en el cono, tarea que les llevó las horas disponibles de la tarde.

Estaba oscureciendo cuando se hizo el último ajuste. Esto no era sino una operación de prácticas; es decir, todo tendría que ser desmontado y repasado más de una vez hasta que llegara el día del lanzamiento. Pero se trabajó como si fuera el montaje definitivo, con toda seriedad y eficiencia.

No se omitió ninguna de las operaciones habituales. El doctor Peters, ayudado por el doctor Mueller, manejaron sendas lámparas de rayos ultravioleta, esterilizando todos y cada uno de los instrumentos del cono, las paredes de este último incluidas.

El objeto de semejante operación ya lo conocía Ranoke; evitar contaminar la luna con organismos de procedencia terrestre. Allí las condiciones serían distintas y nadie sabe con exactitud lo que puede originarse partiendo de microorganismos terrestres en un medio extraño.

La tapa del cono, en forma de sombrero de «coolie» chino, fue colocada convenientemente y desinfectada como el resto del aparato.

Peters dio un paso atrás y dejó sobre el banco que corría junto a la pared su lámpara de ultravioleta.

—Bien, caballeros —sonrió, luego de bajarse la máscara de cirujano—, podemos decir que todo está a punto. Esta es la ciento cuarenta y siete vez que hemos realizado este trabajo. Para cuando llegue el momento del lanzamiento habremos sobrepasado las trescientas. Levante la tapa de nuevo, Mueller.

Mueller actuó con su seguro toque, manejando los diminutos tornillos con gran cuidado. Quitó la tapa y la dejó junto al aparato.

Ranoke sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Cuándo será el lanzamiento del «Pioneer II», doctor Peters?

—preguntó.

El doctor le miró sonriendo.

—Trabaja usted con tanta eficiencia que había olvidado un hecho fundamental, Ranoke —dijo amablemente—. Este es su primer contacto con el proyecto. Naturalmente, aún le acucia la curiosidad. Cuando haya trabajado en su tercero o cuarto cohete, el hecho del lanzamiento perderá todo interés para usted. Solo se concentrará en el posible resultado de su trabajo, primero. Luego, en los datos que se obtengan. Trabajamos con supuestos y la comparación de estos supuestos con los resultados son nuestra guía. Hay fracasos. Lo que no sabe el gran público es que el fracaso resulta tan aleccionador para nosotros como el éxito y que, muchas veces, el éxito se consigue con los datos que nos proporcionan los fracasos. De todos modos, no hay inconveniente en contestar francamente a su pregunta, Ranoke. Los astrofísicos nos han proporcionado información respecto a dos épocas favorables. Una, el ocho de noviembre. La siguiente, el seis de diciembre. Dado que los trabajos están completamente dentro de lo previsto, el «Pioneer II» partirá de la tierra el ocho de noviembre.

—El «Pioneer I» fue lanzado el once de octubre —observó Ranoke—. No esperaba que la siguiente prueba fuera tan pronto. Menos de un mes después.

—Tenga en cuenta que no es solo un mes de tiempo lo que cuenta. En el «Pioneer II» llevamos trabajando casi dos años. Es una serie de tres pruebas bajo el patrocinio de la Fuerza Aérea. Como ya sabe, la primera, sin nombre oficial, se hizo en el diecisiete de agosto. Luego, el «Pioneer I», el once de octubre. Con el lanzamiento del «Pioneer II» terminará el ciclo de pruebas de la Fuerza Aérea, pero no el trabajo, puesto que también está en marcha el proyecto del «Pioneer III» y el «Pioneer IV», del Ejército.

Ranoke se inclinó sobre el cono abierto, mirando pensativamente la serie de aparatos que contenía.

—Hay bastante hueco —observó tranquilamente—. Aún se podría meter aquí alguna cosa más.

El equipo completo se encontraba allí, alrededor de la mesa sobre la cual descansaba el cono del «Pioneer II». Y los catorce ojos de aquellos científicos se clavaron en Ranoke rápidamente, permaneciendo fijos en él.

—Sería, fatal para nuestra tarea que se colocara algo fuera de lo previsto ahí dentro, Ranoke —sonrió Peters—. ¿Qué idea le ronda la cabeza? Puede decirlo con completa confianza. Estamos acostumbrados a oír cosas raras y muchos de nosotros

terminaremos en el manicomio un día de estos.

Ranoke sonrió también.

—Estaba pensando que hay sitio suficiente para una herradura —dijo.

Se hizo un silencio mortal. Parker abrió la boca. Mueller dejó caer la caja de cerillas que tenía en la mano. Peters movió la cabeza lentamente, como si estuviera divirtiéndose al oír aquello. Kempel parecía haber perdido el color súbitamente, aunque podía ser un efecto óptico con aquella luz artificial. Fitzgerald, Arnold y Temple semejaban haberse convertido en estatuas.

—¿Una herradura? —inquirió Peters.

—Sí, una herradura vulgar, perdida por algún caballo —prosiguió Ranoke—. Un pedazo de hierro oxidado que pese alrededor de media libra.

—No nos traería suerte —rio Peters—. Desnivelaría el cono y, de usar un giróscopo como el empleado en el «Pioneer I», resultaría un fracaso. Sería mejor pintarla en la cubierta de la cápsula.

—No nos traería suerte a nosotros —terminó Ranoke—. Quizá se la trajera a otros. No somos los únicos en intentar alcanzar la luna, doctor.

Ahora no sonrió nadie.

—Apuesto a que lee usted novelas de misterio —indicó Peters.

—Ganaría la apuesta —afirmó Ranoke—. Bueno, usted dijo que quería saber lo que estaba pensando.

—Ciertamente. Y ha resultado muy interesante.

Vigilaré este cono y no permitiré que nadie deje caer una herradura dentro, se lo aseguro. El proyecto «Pioneer II» será un franco éxito.

Ranoke comenzó a desabotonarse la bata. Se preguntó qué tal profeta resultaría el doctor Peters.

III

C

UANDO Ranoke salió del laboratorio se detuvo en el exterior para encender un cigarrillo. Había equipos de trabajadores aún en plena tarea; el proyecto era demasiado grande para ceñirse estrictamente a la jornada normal, y mucha gente hacía turnos de noche.

El agente federal contempló aquella actividad pensativamente. Cualquiera de los hombres empleados en Cabo Cañaveral era importante. Los obreros que preparaban las pistas de lanzamiento y montaban los andamiajes; los técnicos que trabajaban en los laboratorios y los ingenieros que construían los mecanismos, todos, formando un gigantesco equipo de varios miles de hombres, intervenían decisivamente en la tarea común.

La mayoría de los trabajos que se le encargaban desde que salió de la academia de Quantico los había emprendido Ranoke con todo entusiasmo, pero en este asunto sentía un interés muy personal, aparte las obligaciones impuestas por su profesión. La persona o personas que estaban haciendo fracasar los esfuerzos de un coloso como los Estados Unidos en su carrera del espacio debían ser descubiertas y puestas fuera de acción rápidamente.

Ranoke movió la cabeza con preocupación. El «Pioneer II» sería lanzado el ocho de noviembre y el calendario señalaba hoy la fecha del quince de octubre. Muy pocos días para investigar. Ranoke esperaba que su casual observación acerca de la herradura surtiera efectos inmediatos. Si alguno de los hombres del equipo era culpable, si se había empleado la herradura para desviar el «Pioneer I», los responsables del fracaso se sentirían amenazados, no pudiendo tener idea exacta de lo que Ranoke sabía del asunto.

Acción rápida, eso esperaba el agente federal. Intentarían eliminarle, ganando tiempo con ello; tiempo, esa era la clave de todo el caso.

Cesó en sus reflexiones al encontrarse ante el edificio que ocupaba el Servicio de Seguridad. De un modo inconsciente había caminado hasta allí, y allí se quedó, esperando la salida de Rita.

Unos pasos rápidos tras él le hicieron volver la cabeza. El doctor Mueller venía a su encuentro.

—¿Puedo hablarle un momento, míster Ranoke? —preguntó con

espeso acento alemán.

—Desde luego, doctor —sonrió Ranoke—. ¿Ocurre algo importante?

—Usted debe saberlo, señor —replicó el doctor—. Eso que dijo acerca de una herradura me impresionó. ¿De dónde sacó la idea?

—Pura imaginación. Este asunto del proyecto «Pioneer» me interesa. Por la prensa supe que no se empleó el giróscopo corriente, sino que, por razones del peso, se sustituyó por otro sistema. Se me ocurrió que un pequeño peso adicional podría haber desviado el mecanismo de dirección, un objeto como de media libra; por tal motivo cité la herradura.

El doctor Mueller parpadeó nerviosamente.

—Es una casualidad extraordinaria —manifestó—, pero había una herradura en los despachos del S.T.L., sobre mi mesa, para ser exacto. La eché de menos al día siguiente del lanzamiento del «Pioneer I». Supuse que pudo ser, ¿cómo se dice? sustraída, y pasé un informe en tal sentido al Servicio de Seguridad. Míster Ranoke, ¿no podría ser esta la causa del fracaso?

Ranoke sonrió.

—Una interesante posibilidad —contestó sin demostrar el menor interés—, pero el Servicio de Seguridad, informado del hecho por usted, sabrá llevar a cabo sus propias averiguaciones. No veo que nosotros estemos en posición de iniciar una investigación, doctor.

Mueller asintió con la cabeza.

—Muy razonable —admitió—. De todos modos, usted tiene una imaginación formidable, míster Ranoke. Gracias por haberme escuchado.

Se llevó la mano al ala de su sombrero y se dirigió hacia la salida.

Ranoke se dijo que si alguien tenía un completo aspecto de inocencia era el doctor Mueller. Un culpable no hubiera podido aparentar semejante calma; tampoco era probable que intentara una explicación con Ranoke. Sí, el doctor parecía ajeno a la conjura criminal.

Rita apareció en aquel momento. Avanzó hasta Ranoke, sonriendo.

—Le vi hablar con el doctor Mueller —observó—. Esperé hasta que terminaran. ¿Le ha contado algo interesante?

—Nada que no supiera ya —explicó Ranoke—. Un sujeto notable, este Mueller.

—Está bajo el peso de una gran tarea —sonrió Rita—. Cuando le conocí, a poco de llegar yo aquí, era un hombre encantador. Ahora

se ha vuelto huraño y apenas cambia alguna palabra conmigo si nos encontramos accidentalmente. Incluso ha dejado de jugar al golf. Pero no es extraño; el doctor Parker y el ingeniero Kempel, que solían ser de la partida, han abandonado su deporte favorito también. Yo diría que entre la gente que trabaja en Cabo Cañaveral se desarrolla un tipo de mentalidad especial.

—El proyecto sobre todo lo demás —admitió Ranoke—. Se comprende. ¿Ha hecho el mayor un pequeño encargo que le di por teléfono esta tarde?

Rita asintió silenciosamente. Le tendió una llave.

—La habitación quinientos doce, situada justo encima de la que tiene ahora, ha sido alquilada por un teniente de la Fuerza Aérea, llamado John Smith. El número se parece al suyo; si alguien le ve tendrá la excusa plausible a mano.

—Nadie me verá. Voy a ir a descansar directamente. ¿Quiere que la lleve a algún sitio?

—No, gracias. Utilizaré mi propio coche.

—Bien —Ranoke miró seriamente a su interlocutora—. Espero un favor de ustedes. Quiero que me den un informe completo de cada uno de los componentes del equipo del S.T.L., esto es, de los hombres de mi sección.

—¿De los siete? —preguntó Rita.

—Sin faltar uno. Supongo que tendrán un historial muy completo. El F.B.I. investigaría hasta su más remoto pasado antes de permitirles entrar en el proyecto. No omitan nada. Y, como siempre, la rapidez es de desear.

Rita asintió con la cabeza.

—Se supone que esos informes no pueden salir de los ficheros de Cabo Cañaveral —advirtió.

Ranoke se encogió de hombros.

—Las circunstancias son extraordinarias —advirtió—. De todos modos, no creo que haya nada en este lugar que el mayor no pueda hacer. Hasta mañana, Rita.

—Adiós.

Ranoke comenzó a caminar a grandes trancos, con ese peculiar modo de andar que tienen los indios. Aprendió el sistema en su infancia, enseñado por su abuelo materno, un jefe indio de la reserva sioux de Dakota. Consiste en apoyar en el suelo casi simultáneamente toda la planta del pie, procurando no desviar las puntas de la línea del talón.

Atravesó la puerta metálica, luego de mostrar su pase al centinela, y se dirigió al lugar de aparcamiento, abriendo la puerta

de su coche. Se sentó ante el volante y arrancó el motor. Luego, lentamente, se puso en marcha y salió a la carretera, hacia Cocoa Beach, llegando al hotel casi treinta minutos más tarde.

Luego de dejar el coche en la zona de aparcamiento entró en el edificio, atravesando el vestíbulo y avanzando a lo largo del corredor, hasta llegar ante la puerta de su habitación, la número 412. Estaba casi seguro de que habría otros atentados y el mejor sitio que podían encontrar sus enemigos era, precisamente, su habitación.

Por esta razón había pedido al mayor que alquilara la situada encima de la 412. No solamente estaría más seguro en ella, sino que desde allí podría vigilar la de abajo. Ahora necesitaba su pijama, zapatillas y cepillo de dientes. Lo recogería de la 412 y subiría a la 512.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Empujó la puerta. Estaba tan preocupado con sus propios pensamientos que la voz que oyó detrás de él le sobresaltó; dejó caer la llave al suelo.

—Buenas noches, mister Ranoke.

Volvió la cabeza. Era el botones que había conocido la noche que llegó al hotel. El muchacho intentó coger la llave. Ranoke no se lo permitió. Se inclinó hacia el suelo, empujando más la puerta de la habitación.

Sonó el seco chasquido de un disparo. Ranoke saltó a un lado y se ocultó junto al marco. Al mismo tiempo su mano voló hacia la pistolera que llevaba bajo la axila.

No hubo más disparos, pero sí oyó el ruido de un cuerpo al chocar contra el suelo. Una rápida mirada y vio el cuerpo del botones tendido ante la puerta, boca abajo. Un charco de sangre se estaba formando rápidamente sobre el pavimento, en tanta cantidad que parecía increíble.

Ranoke asomó por el marco de la puerta con las máximas precauciones, solo un ojo y la mano armada. La habitación parecía desierta.

Entró tomando impulso y escudriñó todo el espacio que tenía ante él; la puerta del dormitorio estaba cerrada. La del cuarto de baño también.

Entonces vio la cuerda. Se trataba de un hilo delgado que partía desde detrás de la puerta, corría hacia el mueble bar que había enfrente, y se perdía allí.

Se oyó una exclamación ahogada. Luego hubo un murmullo de voces. Otros huéspedes del hotel habían acudido, sin duda atraídos por el ruido del disparo. Ranoke sabía perfectamente que no había

nadie en su apartamento; el agresor había empleado uno de esos trucos infantiles que pueden leerse en las novelas de misterio, pero de resultado eficaz, desgraciadamente.

Se guardó el revólver y salió al pasillo. Dos hombres y una mujer estaban junto al cuerpo del botones, contemplando el rojo charco que brotaba de debajo del cadáver.

Por el pasillo llegó corriendo un hombre corpulento de duras facciones; parecía exactamente lo que era, el policía del hotel.

—¡No toquen eso! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien disparó sobre ese muchacho —dijo Ranoke—. Será mejor avisar a la Policía.

El detective le miró inquisitivamente, pero terminó asintiendo.

—Lo haré ahora mismo —sugirió—. Necesito los nombres y números de habitación de todos ustedes.

Anotó aquellos datos rápidamente en su libreta y añadió:

—Vuelvan a sus habitaciones y esperen. La Policía querrá interrogarles.

Ranoke entró en su habitación. No había mencionado el detalle de la cuerda que había atada a la puerta, ni que el disparo partió de su habitación.

Lo primero que hizo, una vez que cerró la puerta, fue llamar por teléfono a Coe. Le encontró todavía en su oficina de Cabo Cañaveral.

—¿Qué se le ofrece, Ranoke? —preguntó el mayor en cuanto oyó su voz.

—Han matado a un hombre delante de la puerta de mi apartamento. La bala estaba destinada a mí, pero se la encontró uno de los botones del establecimiento. Escuche, mayor, no me interesa en absoluto la publicidad. Me haría demasiado popular en Cocoa Beach y la base. ¿Puede quitarme los sabuesos de encima?

—Seguro que puedo. Hay un general al frente del Servicio de Seguridad y tenemos al Departamento de Defensa tras nosotros. Llamaremos a Tallahassee a ver qué pasa.

—Gracias, mayor.

Ranoke colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Inmediatamente buscó huellas de la entrada de aquel bromista que tan a punto estuvo de acabar con él.

Cuando las halló, en la ventana del cuarto de baño, se convenció de que era un profesional. Había sido forzada con habilidad. Unos ojos menos entrenados que los del agente federal podían haber pasado por alto aquellos pequeños arañazos que había en el marco de la ventana.

Luego dedicó su atención al mecanismo mortal que habían instalado sus visitantes. Se trataba de algo sencillo. Un revólver del 38, atado a uno de los barrotes del mueble bar, con el cañón apuntando hacia la puerta.

Solo la casualidad había evitado que su carrera terminara unos momentos antes. Ranoke aún sentía el enojo que le produjo aquel atentado. En principio odiaba todo lo que estaba fuera de la Ley. Pero no dejaba de sentir cierto respeto por el valor personal, fuese quien fuese el poseedor de esta casualidad. En cambio, en este ciego ataque, se acababa de causar una víctima inocente y alguien tenía que pagar por ello.

Luego, estaba el proyecto «Pioneer». Ciertamente, Ranoke estaba enojado y deseoso de encontrar algo tangible sobre lo cual poder trabajar.

Examinó cuidadosamente el revólver. Solo tenía un cartucho en el cilindro, ya que un solo tiro debía ser bastante. Sujetando el arma con su pañuelo la inspeccionó, utilizando una lupa de bolsillo. Se había trabajado con guantes; no aparecía ninguna huella dactilar.

Tenía que empezar su trabajo seriamente, a ciegas, puesto que no había una pista sobre la cual basar sus investigaciones. Sin embargo, debía aprovechar el poco tiempo que tenía. El «Pioneer II» sería lanzado muy pronto y no debía correr la misma suerte que la anterior prueba.

Llamaron a la puerta. Cuando abrió se encontró con un hombre de facciones recortadas y duras, un policía del cuerpo de detectives.

—¿Mister Ranoke? —preguntó—. El teniente Hann le espera en el despacho de la gerencia.

Ranoke asintió y salió, cerrando la puerta con llave. Había unos hombres vestidos de blanco en el pasillo, dispuestos a hacerse cargo del cadáver del desgraciado botones. Unos policías de uniforme y otros de paisano terminaban con las últimas diligencias, fotografiando el cadáver.

Cuando le dieron la vuelta, el agente federal se asombró al ver el enorme boquete que tenía el muerto en el pecho. Una bala «dumdum»; probablemente, un proyectil corriente al que se había hecho un par de cortes en forma de cruz en la punta. Hubiera producido una herida grave en cualquier parte del cuerpo que tocara.

Siguió al policía y tuvo que esperar en el pasillo unos minutos mientras el teniente interrogaba a los otros huéspedes que habían acudido junto al cadáver en los primeros momentos.

Cuando le tocó el turno, le fue presentado el teniente Hann, el

cual no llegó a someterle a un interrogatorio. El detective que le había traído informó a Hann que le llamaban por teléfono.

—Tallahassee al aparato, teniente —observó.

El teniente cogió el receptor y dio su nombre, escuchando luego durante unos momentos. Después colgó el aparato y miró a Ranoke con interés.

—¿Trabaja usted en el proyecto «Pioneer»? —preguntó—. Acabo de recibir órdenes de la capital en el sentido de que no le molestemos más de lo necesario, señor. Advierten que no haya publicidad. Supongo que tendrá poco que decir de este asunto.

—Oí el disparo —contestó Ranoke—; acudí y vi el cadáver. Es todo lo que puedo decir.

Aquello se ceñía bastante a la verdad. Ranoke había oído el disparo y acudido junto al cadáver. Solo que no era la verdad completa.

El teniente asintió.

—Comprendo —dijo finalmente—. Esto es todo, míster Ranoke. Ya le visitaremos de nuevo si le necesitamos.

Ranoke volvió a su habitación y empaquetó el revólver para mandarlo al laboratorio del F.B.I. Después recogió el pijama, las zapatillas y su cepillo de dientes, y subió al primer piso, dispuesto a pasar la noche en el apartamento 512.

IV

S

E despertó temprano. Abandonó inmediatamente la habitación y bajó al apartamento 412, en el cual entró con grandes precauciones. Aparentemente, después del atentado de la noche anterior no se había intentado nada nuevo contra él.

Descolgó el teléfono y llamó al número del mayor, a su domicilio particular en Titusville. No le encontró, por lo que hizo una segunda llamada a Cabo Cañaveral, al segundo número que tenía.

El mayor había madrugado también y ya estaba en su oficina.

—¿Qué hay, Ranoke? —preguntó el militar—. ¿Surtió efecto nuestra llamada a Tallahassee?

—Desde luego —sonrió Ranoke—. No me dieron mucho trabajo. Escuche, mayor, hoy voy a faltar a mi trabajo en el S.T.L., arréglole con el doctor Peters. Le dije a Rita que necesitaba unos informes.

—Ya me habló de ello. Creo que hoy mismo estarán terminados.

—Bien, solo una cosa más. Necesito las direcciones del equipo, de todos sus componentes. Voy a emplear bien la mañana.

Coe se las dio y Ranoke las anotó en su libreta. Se despidió brevemente luego y colgó el aparato.

Tenía que trabajar y pensaba aprovechar hasta el último minuto. En primer lugar tomó una ducha caliente. Luego salió de su apartamento y bajó al bar, donde desayunó, ojeando mientras las direcciones que le había dado Coe.

Decidió empezar por los dos alemanes, Mueller y Kempel y por la simple razón de que ambos habían llegado a los Estados Unidos pocos años antes, debido a lo cual las informaciones que recibiría de ellos serían mucho menos extensas que la de los otros miembros del equipo, cuyo historial como ciudadanos de América era mucho más largo.

Primero, Mueller, calle Jackson, 29, Cocoa.

Abandonó el hotel y sacó el coche del aparcamiento, poniéndose en camino inmediatamente, un camino corto, puesto que Cocoa no es demasiado grande por el momento, aunque su porvenir es fabuloso.

Catorce minutos más tarde estaba ante el número 29 de la calle Jackson. Miró su reloj; las ocho y cuarto. Mueller saldría para Cabo

Cañaveral a las ocho y media para estar allí a las nueve en punto. Esperó pacientemente dentro del coche hasta que le vio salir y detener un taxi.

Cuando este se hubo alejado, saltó a la acera y penetró en la casa.

Se detuvo un momento para examinar la placa donde figuraban las tarjetas con los nombres de los ocupantes del edificio y los números de sus puertas. Dr. Karl Mueller, piso segundo, puerta número 93; allí estaba.

Se sirvió de la escalera para evitar tropezarse a nadie en el ascensor y buscó la puerta 93. Cuando la encontró oprimió el botón del timbre. Quería estar seguro de que no había nadie dentro.

Efectivamente, nadie contestó a su llamada. Entonces, con la rapidez y seguridad que le daba su larga práctica, manejó una de las ganzúas de su llavero y abrió la puerta, cerrando una vez que estuvo dentro.

El piso tenía buen aspecto. Era moderno y con muebles nuevos. Observó el desorden propio de un hogar donde ninguna mano femenina se ocupa de su cuidado. Había libros encima de las sillas y en la mesa del salón. Libros en alemán, francés, inglés y ruso, todos referentes a la especialidad del doctor, física y electrónica.

Practicó un registro concienzudo sin otro resultado que averiguar lo descuidado que era el doctor Mueller. Halló un saco de palos de golf en un armario; estaban cubiertos de polvo, como si hiciera mucho tiempo que no se utilizaban.

Había cuadernos con notas por todas partes, la mayoría de ellos con páginas en blanco al final. Nada sospechoso, verdaderamente.

Lo único original que descubrió estaba en el cajón de la mesa. Se trataba de un magnetofón ligero, y su originalidad consistía en lo que había grabado en la cinta; cuando lo puso oyó la voz de Mueller, un tanto desfigurada y extraña, con aquel fuerte acento alemán que tan frecuentemente se oía en Cabo Cañaveral:

«It seems safe to say, therefore, that astronautics will have al the wave lengths it will ever want to use, for this band of frequencies could carry something like a billion speech circuits without interference! The question is, can we hope to send recognizable signals over such distances as those between the planets?...»

El trozo era familiar para Ranoke. Recordó pronto dónde había leído aquello. Se trataba de un libro aparecido recientemente en los

Estados Unidos, «The Exploration of Space», por Arthur C. Clarke, un aviador-científico inglés que había servido en la R.A.F. durante la Segunda Guerra Mundial, que trabajó durante cierto tiempo con técnicos americanos y que había vuelto a la R.A.F. recientemente. El libro había encontrado una acogida excepcional.

Ranoke arrugó el entrecejo. Aquel libro era algo interesante para un profano en la materia, pero no tenía nada importante que decirle a un verdadero técnico de la categoría de Mueller. ¿Por qué se habría molestado el científico en grabar aquello? Podía releer el libro cuando quisiera.

A no ser... Sí, aquello parecía razonable. Mueller trataba de perfeccionar su inglés y grababa pasajes del libro para escucharlos luego y corregir su dicción. Nada que le sirviera positivamente.

Ranoke guardó el magnetofón y se marchó del piso, dispuesto a investigar en el domicilio del segundo en la lista.

Ingeniero Adolf Kempel, Damp Street, 42, Titusville. Había cuarenta millas hasta la población. Ranoke las recorrió sin apresuramiento, llevando el coche a menos de cincuenta millas por hora. Aquella misma tarde tendría en su poder el informe de Coe. Esta mañana le sobraba tiempo para hacer una visita al domicilio del segundo hombre del equipo.

Lo extraordinario del caso fue que, a pesar de no hallar nada importante en la casa de Kempel, encontró allí algo semejante a lo que había hallado en la de Mueller: un magnetofón con la voz de Kempel, también algo desfigurada y de la misma procedencia. Al parecer, los dos científicos habían escogido el mismo libro para hacer sus prácticas de inglés, el tomo de Clarke.

Lo único que le interesó fueron tres cartulinas que encontró en un cajón. Tenían el tamaño de tarjetas de visita y no había nada impreso en ellas. Lo único notable, aparte de estar en blanco, era su color. Una, blanca. Otra, verde. La tercera, roja.

Esto fue todo. Ranoke dudaba mucho que aquello quisiera decir algo, pero se las guardó de todos modos. Salió de allí y regresó a Cocoa, con la impresión de que el problema que estaba investigando tenía sus raíces en, alguna parte y que el sistema de investigación que estaba planeando no le llevaría a ningún sitio.

El «Pioneer II» estaba preparado para el lanzamiento, dentro de unos días, y la amenaza siniestra que se cernía sobre el proyecto y que hizo fracasar las anteriores pruebas, seguía en pie.

A la mañana siguiente, cuando llegó al laboratorio de Cabo Cañaveral, Ranoke estaba de mal humor. No había avanzado en sus investigaciones y, lo que era peor, no encontraba el modo de progresar. El informe que le mandó el mayor Coe, muy completo por cierto, lo había leído la noche anterior.

Por él se enteró de que la investigación personal del equipo del S.T.L. consideraba a todas y cada una de aquellas personas dignas de confianza. Sabía que se había hecho una cuidadosa tarea y que los informes habían sido estudiados concienzudamente. Nadie puede entrar en uno de los equipos de la base de lanzamiento sin pasar por semejante prueba.

Eran particularmente interesantes los referentes a Mueller y Kempel; había pruebas de que los dos científicos habían sido antinazis con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Kempel padeció una persecución política que le privó de enseñar en la Universidad de Hamburgo. Mueller lo había pasado peor: tres años en un campo de concentración.

Y, lo que era más importante, ninguno de los siete hombres que le interesaban parecían tener actividades comunistas en el pasado.

Ranoke se tropezó con el doctor Peters, el cual entró en «la antesala» cuando el agente federal se estaba poniendo su bata de cirujano.

—¿Cómo, va su gripe? —preguntó afectuosamente.

Esta debió ser la excusa que Coe presentó en su nombre cuando el día anterior faltó al trabajo.

—Perfectamente, doctor Peters —sonrió Ranoke.

—Ahora, con los antibióticos, tenemos muchas probabilidades de llegar a los ochenta años sin esfuerzo por nuestra parte —comentó el doctor—. Si hubiera vivido usted cuando la epidemia del dieciocho vería la diferencia. La gente moría en tres días.

Pero Ranoke estaba interesado en otros asuntos.

Mejor dicho, en uno solamente, el lanzamiento del «Pioneer II».

Con esta idea en la cabeza pasó al laboratorio, donde Peters, con su habitual energía, puso en marcha el equipo.

—¿Conoce mucho acerca de los cohetes «vernier», Ranoke? —preguntó.

—Tengo alguna vaga idea acerca de ellos —sonrió Ranoke.

—Es algo esencial en los conos de los proyectiles. El doctor Mueller le enseñará todo lo que hay que saber. Mueller y usted, Ranoke, trabajen en los «vernier» por ahora.

—Aquí los tenemos —invitó Mueller—. Desmontamos ayer los aparatos del cono. Hoy los montaremos de nuevo en prueba final.

—¿Final? —preguntó Ranoke.

—Será igual que anteayer, solo que, una vez listo el cono, tendremos que ir a colocarlo sobre el extremo del cohete que hay en la plataforma de lanzamiento, justo como si se tratara del último montaje. Bien, veamos los «vernier». Son unos pequeños cohetes, estos, que se montan alrededor del cono, con su eje ligeramente oblicuo al del aparato. Tienen como misión efectuar pequeñas correcciones en la velocidad y dirección del satélite una vez está este en órbita.

Ranoke examinó uno de ellos.

—Deben tener poca potencia —observó.

—Muy poca, pero la suficiente. Tenga en cuenta que el cono del «Pioneer I» pesaba ochenta libras solo. El «Pioneer II» llevará menos carga aún. Manejar tan poco peso en el vacío no requiere gran energía. Hay otra serie de cohetes «vernier» en cada una de las secciones del proyectil que impulsa el satélite, pero estos no tienen carga. Son simples troneras que funcionan con el escape general. Vamos a montarlos.

Empezó el delicado trabajo. En el centro de la base del cono estaba la boca del último cohete que pondría el satélite en órbita. La mayoría de los instrumentos estaban montados en círculo, en la periferia de la base. Por debajo, junto al eje, Ranoke, ayudado y dirigido por Mueller, colocó los pequeños «vernier» en posición y luego todo el resto del equipo colaboró en los sucesivos montajes. Aún quedaba mucho por hacer cuando llegó la hora de la comida.

Después de volver al trabajo, cuando aún les quedaban cuatro horas de faena, Peters recomendó que se apresuraran un poco.

—A las cinco y media tenemos que haber terminado —dijo—. A las seis una comisión de altos jefes del Ejército estarán junto a la plataforma de lanzamiento para ver el trabajo completo. Es cuestión de propaganda. Esto cuesta caro y necesitamos toda la ayuda que podamos agenciarnos.

Aquello era característico. Nadie en Cabo Cañaveral decía «el proyecto necesita» o «ellos necesitan». Siempre la frase era «necesitamos». Cada hombre desde su puesto se crecía, y era una importante pieza de ese gran juego que es abrir los caminos del espacio para el hombre.

Se trabajó de firme. Ranoke llegó a olvidar sus propios problemas ocupado en aquella apasionante tarea. Los diversos instrumentos fueron montados en la base del cono y comprobados debidamente. La tapa se colocó y atornilló y todo estaba listo para la hora señalada. Un minuto antes, para ser exactos. A las cinco y

veintinueve minutos el doctor Peters pudo sonreír y encender un cigarrillo.

—Magnífico —dijo—. Carguemos con el «baby» y lo sacaremos a dar un paseo.

Sirviéndose de un pequeño, carrito de mano fue transportando el cono hasta el exterior. Allí se cargó en un «jeep». Con él iban Ranoke, Peters, Mueller y Parker. Kempel, Fitzgerald, Arnold y Temple subieron a otro vehículo y partieron todos hacia el escenario de aquel ensayo general, la plataforma de lanzamiento.

Fue un corto viaje de cinco minutos. En ese tiempo llegaron al fantástico lugar de no menos fantástico nombre. «Puerto Espacial Número Uno». «Pista Terrestre número Uno».

El gigantesco andamio de acero se alzaba ante ellos como el esqueleto de un gran edificio, llegando a ciento trece pies de altura. Aquel andamio tenía trece pisos, el último de los cuales disponía de un techo de nylon para mantener al gigante que cobijaba libre de los fenómenos atmosféricos. Desde aquellas plataformas, los técnicos podían trabajar en cualquiera de las secciones del gran cohete.

A la mortecina luz del atardecer, el lugar tenía un aspecto fantástico; toda la estructura quedaba reflejada en la laguna que había debajo, un pie de agua que protegería el cemento de la plataforma contra los cinco mil grados de calor que despediría el escape del cohete cuando fuera disparado.

La comisión de generales estaba ya allí, esperando la representación que se les había ofrecido. El equipo del S.T.L., con el cono del «Pioneer II», subieron hasta el último piso valiéndose del ascensor.

Una vez arriba procedieron a colocar y atornillar el cono a la nariz del gigantesco cohete. Después se ensambló la cubierta de metal que protegería el cono de la fricción causada por la atmósfera y que se abriría luego para dejar libre el satélite.

La oscuridad creciente obligó a encender los focos. Los militares de la comisión fueron inspeccionando los pisos del andamio, recibiendo detalladas explicaciones de cada uno de los grupos técnicos que se encargaba de cada sección.

Bajo la luz artificial, aquel lugar y aquellos hombres parecían la visión de una época que aún está por llegar.

Realmente, pensó Ranoke, todo esto vale la pena. Se explicaba que los equipos de Cabo Cañaveral estuvieran orgullosos de sus respectivas tareas.

Luego pensó en el poder oculto que trabajaba para hacer

fracasar los esfuerzos de aquellos hombres y las esperanzas que tantos millones de personas habían puesto en el proyecto.

—¡Solo una pista! —murmuró Ranoke en voz alta—. Por pequeña y peligrosa que resulte la seguiré hasta aplastar a los saboteadores.

—¿Decía usted algo? —preguntó entonces Peters.

—Sí, doctor. Esto es impresionante.

—¿Usted cree? —sonrió Peters—. Espere a que llegue el día del lanzamiento. Entonces podrá usar el adjetivo «impresionante» con toda propiedad.

Los generales subieron al último piso del andamio y Peters estuvo hablando con ellos durante un cuarto de hora.

Pasado ese tiempo, los generales se retiraron y los equipos comenzaron a abandonar el lugar.

El ensayo general había terminado.

Luego, cuando hubieron llevado de nuevo el cono al laboratorio, el jefe del equipo, doctor Peters, sonrió una vez más y encendió un cigarrillo.

—Estoy plenamente satisfecho de todos ustedes —dijo lentamente—. Incluso nuestro nuevo amigo y compañero, míster Ranoke, trabaja con la misma soltura que si llevara meses entre nosotros. Esta vez tendremos éxito. Bien, dejen el cono dónde está. Mañana desmontaremos los aparatos de nuevo y comprobaremos su funcionamiento.

Ranoke no pudo reprimir una sonrisa. Al día siguiente tendrían que desarmar aquello y volver a empezar.

Trabajar para el futuro era duro y laborioso. Pero mucho más interesante que trabajar para el presente.

R

ANOKE tenía nervios de acero. Lo había demostrado en muchas ocasiones de su vida. Sin embargo, a medida que se aproximaba el momento del lanzamiento del «Pioneer II», sentía que su inquietud aumentaba.

Consiguió, por mediación del mayor Coe, que el Departamento de Policía montara una efectiva guardia, veinticuatro horas al día, en torno a los siete hombres del equipo con el cual trabajaba. Incluso la correspondencia de aquellos técnicos estaba siendo interceptada y leída y sus teléfonos intervenidos. Esto no produjo ningún resultado aparente, lo que aumentó su inquietud.

Cada vez estaba más convencido de que la organización que trataba de descubrir empleaba métodos extraordinarios. Que no consiguiera resultados positivos le desesperaba, sabiendo la importancia que tenía averiguar algo antes de que llegara el momento de disparar el «Pioneer II».

Con el fin de agotar todos los recursos de que podía disponer, pidió el auxilio del teniente Hann. Quería que los técnicos de la Policía examinaran el laboratorio del S.T.L. en busca de huellas digitales. Todos aquellos departamentos eran constantemente vigilados; la posibilidad de que entrara alguien durante la noche resultaba casi imposible, pero Ranoke no quería dejar nada sin investigar.

La mayor parte del trabajo en el S.T.L. se hacía con guantes. No obstante se tocaban cosas sin ellos. A decir verdad, Ranoke no creía que se descubriera nada importante con esta nueva investigación.

Se equivocaba por completo.

Durante tres noches, cuando los técnicos del proyecto habían abandonado Cabo Cañaveral, el teniente Hann y sus hombres trabajaron silenciosa y eficazmente, inspeccionando todas las herramientas y objetos del laboratorio.

Se hallaron huellas. Fueron fotografiadas y, al cuarto día, en el despacho del mayor, el técnico de la Policía procedió a compararlas con las que figuraban en las fichas del personal que tenía acceso al laboratorio.

El teniente, junto al técnico en huellas dactilares, fue tomando

notas y, al cabo de tres horas, llegó la conclusión final.

Hann encendió un cigarrillo y miró sucesivamente a Ranoke y al mayor Coe.

—Resultado positivo —dijo lentamente.

—¡No es posible! —exclamó Coe furiosamente—. Nadie puede entrar ahí fuera del personal autorizado.

—Alguien entra, de eso no hay duda, mayor —insistió Hann—. Vean esto. Existen huellas de todos los técnicos del laboratorio. De Mueller y Kempel muy pocas y borrosas, de los demás, en mayor cantidad. También están las de los encargados de la limpieza y los vigilantes nocturnos. Pero hay huellas de dos personas más, que no figuran en ninguna de estas fichas. Huellas de dos personas desconocidas.

Ranoke y el mayor lo vieron por sí mismos. Había dos hombres que entraban y salían del laboratorio y que no pertenecían al personal autorizado; la evidencia consternó a Coe.

—Cuesta trabajo creerlo, aunque lo veamos con nuestros propios ojos —dijo lúgubrementemente—. ¿Qué podemos hacer que no hayamos hecho ya?

—Doblar la vigilancia del laboratorio —sugirió Ranoke—. Destaque un par de agentes de su Servicio de Seguridad para que estén continuamente en el S.T.L., de día y de noche. Declaren restringida el área del edificio, colocando soldados de centinela y una cerca de alambrada que pueda resguardar ese lugar. No creo que sea imposible cerrar el paso a los intrusos. Más tarde llegará el momento de averiguar cómo consiguen entrar en Cabo Cañaveral. Por el momento, lo único importante es impedirles que interfieran el proyecto «Pioneer II».

Coe asintió con la cabeza.

—Todo eso puede hacerse —admitió—. Y se hará. Sin embargo, resulta un rudo golpe para mí. Que alguien pueda atravesar todo nuestro sistema defensivo con facilidad es algo que no concibo. No es razonable, está fuera de toda lógica.

Hann sonrió duramente.

—Son muy listos y tienen una organización perfecta, eso es todo —afirmó—. Sin embargo, haciendo guardia de vista, las probabilidades que hay de que repitan la hazaña son nulas. Espero que los cacen.

* * *

El teniente Hann dejó la lupa a un lado y lanzó una exclamación

de disgusto.

—¡Increíble! —dijo, sacando su paquete de cigarrillos y encendiendo uno.

Ranoke se inclinó sobre la mesa.

—No querrá decir que han seguido entrando los intrusos en el laboratorio, ¿verdad?

—Han vuelto —afirmó Hann—. De eso no hay duda. Estas huellas no pueden mentir.

Ranoke y Coe cambiaron una mirada desconcertada. El edificio del S.T.L. había sido acordonado por las fuerzas de vigilancia, se había levantado una cerca de espinos metálicos que no tenía sino una sola entrada. Miembros del Servicio de Seguridad de U.S.A.F., con perros policíacos había patrullado el área constantemente, de día y de noche.

Sin embargo, por increíble que resultara, la misteriosa organización de saboteadores seguía teniendo el paso libre.

—¡Es para volverse loco! —comentó desmayadamente Coe.

—Faltan dos días para el lanzamiento —indicó Ranoke—. Durante este tiempo, el cohete será revisado hasta en sus más mínimos detalles. Si conseguimos evitar que lleguen a entrar aquí de huevo durante esas cuarenta y ocho horas, el proyecto puede ser un éxito.

—¿Podemos hacer algo que no hayamos intentado ya? —preguntó furiosamente Coe.

—Redoblar la vigilancia. Todos los técnicos del laboratorio deben ser concentrados en el edificio, sin abandonarlo hasta que se efectúe el lanzamiento. Será cuestión de instalar unas camas de campaña como las que utilizan los soldados de guardia. Hay que suponer que los saboteadores solo pueden llegar a nuestro proyecto cuando estamos ausentes. Si permanecemos junto al cono estos dos días, les será imposible entrar de nuevo. Y no solo tomaremos estas precauciones con el S.T.L., sino con los demás departamentos de Cabo Cañaveral.

—¡Todo el personal sin abandonar esto por dos días! —se admiró el mayor Cae—. Puede conseguirse. Haremos cualquier cosa para que el proyecto sea un éxito. Habrá que informar a todos los jefes de equipo y lo haremos mañana por la mañana. El «Pioneer II» funcionará aunque tengamos que convertir esto en un campo de concentración.

—Por otra parte, los hombres del teniente Hann buscarán huellas durante esas dos noches. Si no aparecen más tendremos la seguridad de que vamos por buen camino.

A pesar de las malas nuevas, todos se sintieron más esperanzados con esta nueva serie de medidas de seguridad. No era posible imaginar nada más eficaz que aislar Cabo Cañaveral durante dos días.

Pareció una medida acertada. Los técnicos del teniente Hann no pudieron encontrar huellas extrañas al día siguiente y se creyó que las medidas habían dado el resultado apetecido.

Fue la segunda noche, apenas horas antes del lanzamiento, cuando Ranoke creyó haber ganado la primera baza. No aparecieron huellas de los saboteadores. Era evidente que en estos dos días definitivos no habían podido romper la barrera de vigilancia.

Los últimos toques para el gran momento se llevaron a cabo con la precisión de costumbre. Tres horas antes del «T-Time», la hora de la prueba, el cono estaba montado. Mueller, bajo la vigilancia de Peters, colocó los últimos tornillos y revisó los demás. Manejaba el destornillador como un cirujano su bisturí, suave y firmemente.

Luego se transportó el cono, con su cubierta definitiva hacia el lugar del lanzamiento.

Ranoke ya había intervenido en semejantes operaciones un par de veces, pero existía una fundamental diferencia; ahora iba en serio. Su trabajo en Cabo Cañaveral no había terminado. Ni siquiera podía acusar a nadie de los sabotajes cometidos allí. Sin embargo había conseguido mantener alejadas del cohete a las fuerzas extrañas que buscaban el fracaso a toda costa y esto le enorgullecía.

Dos horas antes del lanzamiento, los equipos abandonaron los andamios y se acercó el gigantesco tanque del oxígeno líquido. Las luces de los reflectores y lámparas del andamio brillaban fantasmagóricamente en la noche; unas pocas eran rojas; otras verdes y muchas blancas.

La superficie encharcada de la plataforma de lanzamiento reproducía aquel juego de luces. Había reporteros tomando fotos y los obreros abandonaban el lugar.

Uno de los tanques de oxígeno líquido descargó su contenido en el interior del gigantesco cohete, sustituyéndole otro inmediatamente. Luego, a medida que la presión aumentaba, comenzaron a funcionar los escapes y una blanca nube de vapor envolvió la base del «missile».

La evaporación producida por toneladas de oxígeno líquido, el oxidante para el combustible, un derivado del keroseno, produce hielo, además de vapor. La superestructura del cohete se cubre de

una capa de escarcha. Aquellas nubes de vapor, envolviendo el cohete, daban a la escena un aspecto irreal, algo extraño, propio de otro planeta.

—¡Todo el personal despejando el terreno de lanzamiento! —los altavoces repitieron la orden una y otra vez.

Ranoke miró su reloj. Las cuatro y cinco de la madrugada del día 8 de noviembre. En términos técnicos, «T-Time» menos cinco minutos.

Los distintos equipos se fueron colocando en sus lugares de observación. Gran parte de los técnicos tenían sitio reservado en las casamatas de cemento del «Puerto Espacial Número Uno». Otros, y todos los obreros manuales, se retiraron a la distancia señalada, dispuestos a presenciar el espectáculo.

Ranoke, con Peters y el resto del equipo del S.T.L., entró en la casamata desde la cual se efectuaría el disparo.

—¡«T-Time» menos cuatro minutos! —anuncian los altavoces.

Un capitán de Ingenieros de la Fuerza Aérea está preparado para dar la salida al cohete. Cuando faltan doce segundos, aprieta un botón y el computador empieza a marcar, registrando el tiempo en segundos y microsegundos.

Es este computador el que disparará el cohete automáticamente.

—¡Once, diez, nueve, ocho, siete, seis!

Las grúas y el andamio ya se retiraron a cierta distancia. El cohete está solo, en medio de la luz de los reflectores, con su penacho de vapor.

—¡Cinco, cuatro, tres!

El cero no se oye. Todo el que puede tiene los ojos en los gruesos cristales de las mirillas.

Una brillantísima llama aparece en la base del cohete y el sonido llega en ondas impresionantes, aun a través de las gruesas paredes de cemento de las casamatas. Lentamente, el cohete comienza a elevarse y los cables llamados «cordones umbilicales» se desprenden de él.

Gana altura, toma velocidad rápidamente, se eleva rugiendo como el más grande de los titanes y su estela luminosa se curva graciosamente en el firmamento.

Estalla un grito que recuerda el trueno. Todos los que puedan verlo dan suelta a la emoción contenida.

—¡Funciona! ¡Allá va!

Hay un breve y cegador relámpago allá en lo alto. La primera fase del cohete acaba de desprenderse y entra en acción la segunda. Después, el proyectil deja de verse.

El «Pioneer II» está en camino.

* * *

El doctor Peters encendió un cigarrillo y miró por la ventana.

Acababa de recibir los primeros informes y todos adivinaron por la expresión del científico que había ocurrido otro fracaso.

—Peor que el «Pioneer I» —anunció el doctor Peters—. Con aquel recorrimos casi la tercera parte de la distancia hacia la luna. El «Pioneer II» no ha pasado de las mil millas de altura.

Los hombres de ciencia cambiaron unas miradas tensas. El doctor Peters, imperturbable como siempre, añadió:

—Hay que irse a dormir ahora. Mañana, a la hora de costumbre, nos encontraremos aquí para seguir con el proyecto. «Nos aguarda el “Pioneer III”», con lo cual se acaban las pruebas para la U.S.A.F. y comenzamos con las del Ejército. Tendremos que tenerlo listo para el seis de diciembre. Eso es todo. Gracias, amigos.

Inasequibles al desaliento, eso eran los hombres de Cabo Cañaveral. Ranoke sintió una profunda admiración por todos ellos y se dijo que debía redoblar los esfuerzos para capturar y poner fuera de combate a los culpables del sabotaje. Cabía la posibilidad de que el «Pioneer II» hubiera fallado sin intervención de manos extrañas, pero había suficientes indicios para comprender que una amenaza terrible se cernía sobre Cabo Cañaveral.

VI

E

El tercer atentado se produjo tres días después del lanzamiento del «Pioneer II». Bert Ranoke llegó a la zona de aparcamiento del hotel, en Cocoa Beach, a las siete de la tarde.

Luego de cortar el encendido y guardarse las llaves del coche, abrió la puerta y saltó a tierra.

Fue entonces cuando oyó el clic metálico que le puso en guardia. Procedía de su espalda y Ranoke no esperó ni una décima de segundo para actuar rápidamente. Se tiró al suelo y rodó frenéticamente hacia un lado, al tiempo que una granizada de balas silbaban junto a su oído.

En un momento se encontró debajo de su coche, tan excitado que no pudo saber si estaba herido o no. Se arrastró hasta el otro lado y se incorporó, con su fiel 38 en la mano.

Un vehículo del aparcamiento se puso en marcha entonces. En su ventanilla brillaron unos fogonazos y otra ráfaga de ametralladora resonó en la noche.

Ranoke disparó fría y metódicamente, hasta vaciar el cilindro de su revólver. Los agresores estaban a corta distancia y tuvo suerte. El coche torció bruscamente a la izquierda y chocó violentamente con otro de los vehículos del aparcamiento. Luego quedó todo silencioso.

El agente federal recargó el revólver y avanzó cuidadosamente. Desde el coche siniestrado no volvió a partir un disparo. Ranoke llegó hasta la puerta y la abrió.

Había dos hombres allí, uno tirado sobre el piso, el otro caído en el asiento, detrás del volante. Con la luz de una cerilla examinó aquellos cuerpos. El que estaba detrás del volante había muerto. Una de las balas de su 38 le había atravesado el cuello, rompiendo las vértebras cervicales.

El otro hombre vivía. Tenía un balazo en la cabeza, con pérdida de masa encefálica, pero respiraba entrecortadamente y murmuraba algo intermitentemente.

Alguien llegó corriendo. Ranoke volvió la cabeza y reconoció al corpulento detective del hotel.

—¿Qué sucede? —preguntó, luego de identificar a Ranoke como

uno de los huéspedes.

—No tenemos tiempo de hablar de ello ahora —ordenó Ranoke—. Llame a la Policía de Cocoa, al teniente Hann. Dígale que venga rápidamente y que traigan una ambulancia con ellos.

El detective asintió y se marchó a toda prisa. Ranoke se inclinó sobre el herido y trató de descifrar lo que decía.

—«Bringen Sie»... «mich»... «in die»... «Buchstrasse»... Nehmen Sie»... «den kürzesten»... «Weg»... «Swoelf»... «Buchstrasse»... «Koepenick»... «Koepenick»... «fahren Sie»... «schneller»... «wir sind» «schon da»... «*Herr* Lustig»...

«Lléveme a la “Buchstrasse”... vaya por el camino más corto... el doce de la “Buchstrasse”... Koepenick, Koepenick... vaya más deprisa... ya estamos... “*Herr*” Lustig...»

Eso era todo. El moribundo hablaba alemán. La «Buchstrasse» debía estar en el populoso barrio de Koepenick, en la zona soviética de Berlín. Había un «*Herr*» Lustig a quién quería ver. Poca cosa en verdad. Pero Ranoke se dijo que en el número doce de la «Buchstrasse» en la zona soviética de Berlín, había algo que tenía relación con el caso.

Las investigaciones aquí, en Cabo Cañaveral, estaban resultando un fracaso. Debía probar allá. Sabía que resultaría un trabajo difícil, que le pondrían muchos obstáculos en el Bureau.

Sin embargo, era cosa decidida. Aquello podía ser una pista y se debía seguir hasta el final. Para él, que dominaba el alemán y el ruso, y que conocía Berlín perfectamente, resultaría más fácil que para nadie.

Hablaría con Coe, con Washington, con quien fuera necesario.

Y partiría para Berlín.

Ranoke observó que el herido había dejado de respirar. La Policía y el Bureau se encargarían de hacer averiguaciones respecto a aquellos dos hombres que estaban muertos en el coche. Para él comenzaba una nueva etapa en su trabajo.

Tenía que visitar el número doce de la «Buchstrasse», zona soviética de Berlín.

SEGUNDA PARTE

EN LA ZONA SOVIETICA DE BERLIN

I

L

AS ruinas del «Reichstag» tenían un aire imponente, amenazador. Para los «nazis» habían sido un símbolo. Ahora, Ranoke se preguntó qué significarían para los nuevos alemanes y para los extranjeros que les visitaban.

Tenía una cita allí, una cita con Birdie Weldon. Weldon era agente del C.I.A. americano, destacado en Berlín. Por su mediación podría obtener informes importantes, pero no la ayuda que había creído recibir.

Ranoke se entretuvo paseando por entre las ruinas, fumando algunos cigarrillos. Acudió demasiado pronto a la cita y aún faltaban cinco minutos para la hora. Habían decidido verse allí, después del primer contacto, considerando Weldon que era el lugar más seguro para hablar sin correr peligro de ser escuchado.

Alguien hizo chocar un par de piedras a su espalda. Ranoke se volvió y vio que Weldon se acercaba. Le salió al encuentro.

—¡Hola, Weldon! —saludó.

—¿Qué hay, Ranoke? —sonrió el agente del C.I.A.—. Daremos una vuelta por ahí dentro.

Caminaron trabajosamente por entre las ruinas, atravesando la puerta principal del enorme y derruido edificio. Hicieron alto en uno de los corredores y Weldon se sentó sobre un bloque cuadrado de piedra. Sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Ranoke.

—Es un mal momento para ir a la zona soviética, Ranoke —dijo luego—. La antigua libertad de paso ha terminado bruscamente. Se han levantado alambradas a todo lo largo de la línea de separación y hay un ejército guardándola, con nidos de ametralladoras, torres de vigilancia y patrullas las veinticuatro horas del día. No vacilan en emplear las armas si llega el caso. Por otra parte, nuestras actividades de información en Berlín Este han cesado casi por completo. Parece que se quiere llegar a un acuerdo para la unificación de Alemania y la firma de un tratado de paz. Nuestros superiores no quieren que esto se malogre y tratan de evitar que demos motivos para sus ataques. Existen, desde luego, algunos alemanes en esa zona que colaboran con nosotros, pero su actividad actual es casi nula.

Ranoke asintió. Conocía algo de todo aquello que se estaba incubando en aquel avispero de centro Europa.

—¿Qué hay respecto al doce de la «Buchstrasse»?

Weldon le miró pensativamente.

—Uno de nuestros colaboradores ha hecho algunas averiguaciones —explicó—. Esa calle desemboca justamente enfrente del lugar donde el río Dahme se une al Spree. El número doce es un edificio extraño, que fue en tiempos cuartel de caballería. Ahora carece de rótulo y no hay ningún signo exterior que pueda servir para imaginar su uso actual. Pero...

Ranoke adivinó que había algo importante. Esperó pacientemente.

—Aquello está vigilado por miembros de la «Volkspolizei» del Gobierno de Ulbrich. Nuestro confidente ha estado tres días observando el lugar; ha visto entrar y salir muchas personas, entre ellas militares rusos, varios con el uniforme de la N.K.V.D. Ha identificado a uno de los asiduos visitantes del edificio, el doctor Max Essig, cirujano. Leyó su nombre en el permiso de circulación del automóvil. Vive en la «Magdenburgerstrasse», ochenta y tres. Me temo que esto es todo lo que ha podido averiguar.

Ranoke anotó el nombre y dirección del doctor y se guardó la libreta.

—Es evidente que hay algo importante tras esos muros —sonrió—. Me gustaría saber el modo de entrar allí.

—Mi consejo sería no intentarlo —observó Weldon—. Un hombre solo no tiene posibilidades de éxito.

—Bien, mis planes no incluyen tomar aquello por asalto; solo quiero averiguar lo que pasa tras esos muros.

—¿Qué espera averiguar? —preguntó.

—No tengo la más remota idea. Un moribundo murmuró algo acerca de ese edificio en sus últimos momentos. Esto puede tener relación con el caso que estoy investigando o puede no tenerla. ¿Hay algo respecto a «Herr» Lustig?

—Nada en absoluto. Nuestro amigo de Berlín Este no ha podido darnos otros informes que lo que ya le he comunicado.

Ranoke asintió silenciosamente. No sería para él una experiencia nueva ir a la zona soviética de Berlín, pero se daba perfecta cuenta de que los riesgos eran tremendos. Esto le preocupaba enormemente. No era un temor físico; estaba dispuesto a arriesgar su vida sin pensar en ello demasiado. Lo que le aterraba era fracasar en su misión.

—¿Qué sistema parece el mejor para pasar al otro lado de las

alambradas? —preguntó.

—El «U-Bahn», sin duda alguna —contestó rápidamente Weldon—. Por increíble que parezca, el «metro» sigue funcionando y miles de personas lo usan para huir del Este. Todos sabemos que, un día u otro, los soviets cerrarán ese agujero que comunica las dos zonas, pero, de momento, está abierto. No olvide que aquello no es esto. Hay una vigilancia estrecha, soldados rusos y «Volkspolizei» por todas partes; las estaciones del «metro» están muy vigiladas. Claro que la atención de los comunistas está dirigida principalmente hacia las personas que tratan de huir de allá. Supongo que le será fácil entrar. Es la salida lo que me preocupa. Habrá que hacer algunos cambios en su indumentaria, por ejemplo. Con esa ropa americana no llegaría lejos. Afortunadamente será algo que podremos arreglar fácilmente. ¿Ha oído hablar de «Marienfelde»?

Ranoke negó con la cabeza.

—Allí está el Centro de Refugiados de Berlín —informó Weldon—. Me las arreglaré para que nos den alguno de los trajes que abandonan los refugiados. Anote este nombre: «Herr» Klippe, «Taelmannstrasse» número dos. Se trata de uno de nuestros colaboradores. Quizá tenga necesidad de enviarme algún mensaje. Póngalo en manos de Klippe y este lo hará llegar a mí poder, pero, recuerde, Klippe no podrá prestarle ninguna clase de ayuda, no se la pida ni le comprometa por ningún concepto. Ese hombre es jefe de tren en el «Untergrund-Bahn» y se le utiliza exclusivamente como mensajero. Naturalmente, esto que le digo no significa que si recibimos noticias de usted podremos acudir en su auxilio por mucho que lo necesite. Simplemente se trata de una precaución para el caso posible de que quiera comunicar algo de vital importancia.

Weldon tiró su cigarrillo y lo aplastó con el pie. Echó luego un vistazo por el boquete que había en la pared, junto a ellos. El cielo estaba encapotándose por momentos. Aquello era el invierno, un tiempo cruel en Berlín.

—Ha escogido un mal momento para venir a Berlín, Ranoke —observó quietamente.

—Hombres como nosotros no podemos escoger, Weldon —sonrió—. Son las circunstancias las que mandan. Una cosa podemos decir de nuestro trabajo: pocas veces resulta aburrido.

Weldon movió la cabeza apesadumbradamente.

—Desde que levantaron esa maldita alambrada y nuestro Gobierno no quiere molestar a los soviets, me aburro soberanamente. Daría cualquier cosa por poder ir con usted.

Apuesto a que van a pasar cosas. Bien, creo que podemos dar por terminada esta entrevista de conspiradores. Mañana vendré, a esta misma hora, y traeré las ropas en una maleta. Hágame un favor. Deje notas en casa de Klippe día por día, indicando dónde puede hallársele. Suponga que la actual política de no interferencia cambia. Estaríamos a su lado inmediatamente.

Ranoke alargó la mano y estrechó la de Weldon.

—Ojalá suceda eso —sonrió—. Adivino que no me vendría mal alguna ayuda.

Weldon movió la cabeza negativamente.

—Es solo una idea —exclamó—. No cuente demasiado con ello.

* * *

La suerte, adversa hasta el presente con Ranoke, comenzó a sonreírle de un modo inesperado. Juntamente con las ropas fabricadas en el Berlín Este, Weldon le pudo proporcionar la tarjeta de previsión social de un trabajador que había huido a la zona americana dos días antes. Este hombre, soltero y sin familia, había vivido en un pequeño piso del ciento dos de la «Taelmannstrasse», la misma casa que ocupaba Klippe, el contacto del C.I.A. en el sector soviético.

Se manifestó encantado de poder ayudar y firmó un contrato privado de subarriendo a favor de un tal Heinz Kruger, con lo cual Ranoke tendría resuelto un importante punto, el concerniente a su alojamiento.

Ranoke tenía una habilidad portentosa para el dibujo. Carecía de talento creador en ese campo, pero podía reproducir cualquier cosa valiéndose de plumas y tinta de colores. Uno de los ejercicios que realizó extraoficialmente cuando estuvo en la academia consistió en reproducir por este procedimiento manual entradas de espectáculos y hasta billetes de un dólar, los cuales tenían que ser sometidos a un especial examen para descubrir su falsedad.

Valiéndose de esta habilidad, borró el nombre de la tarjeta y los datos personales, poniendo los suyos. Se acababa de convertir en «Herr» Heinz Kruger, de treinta años de edad, de profesión agrimensor. El cambiar la fotografía y sustituirla por una suya no le llevó demasiado trabajo; sabía que aquella documentación no le serviría demasiado y que debería evitar tener que someterla a inspección, pero podría sacarle de algún apuro.

Así, en esta brumosa mañana del 26 de noviembre, bajo una fina lluvia, Bert Ranoke, vestido con una chaqueta de cuero, pantalón de

pana y un sombrero de estilo tirolés, en menos que mediano uso, descendió las escaleras del «metro» de Berlín, estación de Brandenburg.

Adquirió su billete en la taquilla y esperó en el andén la llegada del próximo tren. No había allí mucha gente; el tráfico se dirigía principalmente en el sentido contrario.

Cuando se abrieron las puertas de los vagones, el agente federal subió al que tenía más cerca. Los escasos viajeros se colocaron en unos segundos y el tren partió inmediatamente.

Ranoke sonrió. Este tren era, quizá, el más importante de Europa, el único eslabón entre dos mundos opuestos. Era imposible no sentir el cosquilleo de la aventura al emprender semejante viaje, muy corto, por otra parte.

En una estación de Prenzlauer hizo transbordo. Observó que, tal como Weldon le había dicho, las estaciones se encontraban muy vigiladas por la «Volkspolizei». Sin embargo, como se había supuesto, la principal atención se concentraba en los viajeros que intentaban pasar al Berlín Oeste.

El tren dejó atrás Friedrichshain, Lichtenberg y Ober Schoeneweide y llegó a la primera estación de Koepenick, donde Ranoke se apeó, subiendo la escalera descuidadamente. Estaba provisto de un antiguo plano de la ciudad y conocía el lugar hacia el cual se dirigía.

En unos minutos estuvo ante la casa número ciento dos de la «Taelmannstrasse», el lugar donde vivía el contacto, Klippe, y donde se alojaría él mismo.

Subió hasta el cuarto piso, que era el último, y usó la llave que le entregara su anterior propietario para entrar en el marcado con el número 16. Klippe estaba en el 15, pared por medio.

Ranoke hizo una ligera revisión de la vivienda. Tenía tres habitaciones, un cuarto de estar, cocina y cuarto de baño. No muy grande en general, pero mucho más de lo que necesitaba. En una de las habitaciones había instrumentos de agrimensor, abandonados por su propietario; un par de teodolitos, jalones, cintas métricas y cadenas. Un equipo completo que podría resultarle de utilidad.

Salió de allí y volvió al cuarto de estar, donde se sentó en uno de los maltratados sillones. Encendió un cigarrillo y consideró la situación. El primer paso sería echar un vistazo al misterioso edificio de la «Buchstrasse». Después tendría que improvisar, puesto que no había un plan de acción definido.

Y en aquel preciso momento, alguien llamó a la puerta con los nudillos.

II

E

RA una llamada autoritaria, que se repitió a los pocos momentos. Ranoke, instintivamente, llevó la mano a su 38. Luego reflexionó que debía enfrentarse con lo que hubiera al otro lado de la puerta. Podría ser alguien que buscara al anterior inquilino, puesto que a él no le conocía nadie en Berlín Este.

Acudió sin pérdida de tiempo y abrió. Se encontró frente a dos agentes de la «Volkspolizei», un par de individuos ceñudos y de facciones duras.

—¿«Herr» Freyen? —preguntó uno de ellos.

—Me llamo Kruger, Heinz —dijo Ranoke serenamente.

Había llegado el momento de mostrar sus documentos; aquella tarjeta de Previsión Social sería examinada menos severamente si la presentaba voluntariamente y no aguardaba a que se la pidieran. La sacó del bolsillo y la pasó al agente que había hablado.

El agente la miró descuidadamente y se la devolvió.

—Este es el domicilio de Freyen —insistió fríamente.

—Lo era, hasta hace cuatro días —sonrió Ranoke, bajo su papel de Kruger—. Me dijo que iba a marcharse de Berlín y me ofreció realquilarme su piso. Vea el contrato personal que me firmó.

Tendió el papel al agente. El policía le dedicó bastante atención. Finalmente miró a Ranoke.

—Debemos quedarnos con este documento. Se lo devolveremos tan pronto como sea posible —anunció—. Echaremos un vistazo.

Abrió la puerta completamente y se echó a un lado. Los dos agentes entraron en el piso y se dejaron conducir al cuarto de estar.

—¿Conocía bien a «Herr» Freyen? —inquirió el agente entonces.

—Solo superficialmente. Tenemos la misma profesión y nos habíamos visto algunas veces.

El agente de la «Volkspolizei» inspeccionó la vivienda lentamente, abriendo puertas de un modo casual. Su compañero permaneció junto a Ranoke, sin perderle de vista. Ranoke razonó que solo buscaban a Freyen, el cual había abandonado su trabajo y huido a la zona americana. La historia que les había contado era convincente. Si se conformaban con ella, todo iría bien. Si le pedían que les acompañase para ser sometido a interrogatorio, tendría que

obrar de prisas y enérgicamente.

Se dio cuenta de lo extraordinario de su situación. Su vida no valía ahora ni un centavo. Aquella gente no guardaba reglas y serían capaces, de emplear cualquier método para hacerle hablar. Por otra parte, Ranoke se dijo que para él tampoco había reglas. Podía obrar a su antojo sin tener que dar cuentas a nadie. La misión que se había impuesto era demasiado importante y habría de recurrir a métodos expeditivos para completarla.

El agente que estaba efectuando el registro volvió al cuarto de estar y encendió un cigarrillo. Miró fríamente a Ranoke. Luego empezó a hablar.

Ranoke, con cierto sobresalto, se dio cuenta de que aquello no era alemán. Es decir, no alemán corriente, sino alguno de los dialectos que desconocía. Devolvió la mirada al agente con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Veo que no habla usted «Plattdeutsch» —indicó incisivamente—. Lo cual es verdaderamente raro, puesto que en su tarjeta de Seguridad Social dice que el lugar de su nacimiento es Jübeck. Allí todo el mundo emplea «Plattdeutsch».

Ranoke se arregló la corbata. Debió haber pensado esto. En la tarjeta no cambió sino el nombre; esto podía llevar a una situación peligrosa y debía salir de ella. El llevar las manos a la corbata no tenía otro motivo que prepararse para asir su revólver.

Entonces recibió una sorpresa desagradable. Aquellos miembros de la «Volkspolizei» no eran novatos precisamente. En los ojos de Ranoke, o quizá en su leve movimiento, leyeron el mensaje. Y se lanzaron sobre él con la rapidez del relámpago.

Ranoke llegó a extraer su revólver de la pistolera, pero fue todo lo que pudo hacer. Aquellos hombres eran expertos y, sobre todo, le habían cogido por sorpresa cuando era él quien creía darla. Le derribaron y golpearon expertamente y se vio desarmado, casi inconsciente y a merced de sus enemigos.

Fue como si algo se hubiera roto dentro de él. Sintió una furia indescriptible. Había sido un loco en no darse cuenta de la situación. La práctica de sus funciones de agente federal durante años le había dado una especie de segunda naturaleza, en la cual siempre contaba el respeto por los derechos de los demás.

Esto le había perdido. Aquella gente, la «Volkspolizei», los miembros del ejército soviético, no le concederían a él más derechos que los que podrían dar a un perro y, aún, menos. Su plan de acción debió ser poner fuera de combate a aquellos agentes de cualquier modo y al instante, sin arriesgar lo más mínimo.

Y, sobre todo, no era únicamente su vida la que estaba en juego; había una conjura contra su país que podía quedar en libertad de acción por su estúpido modo de llevar el asunto.

Se maldijo duramente, pero ya no tenía remedio. Intentó resistirse a que le esposaran; recibió unos puntapiés que le dejaron sin aliento.

Una vez que tuvo las manos aseguradas a la espalda, le pusieron en pie y le empujaron hacia la puerta. Luego le hicieron entrar en el ascensor y emprendieron el descenso.

Ranoke respiró profundamente. Le habían maltratado mucho, pero podía resistir aún más. No obstante, fingió estar casi inconsciente, doblando las piernas, con la cual los agentes tuvieron que sostenerle.

Al llegar a la planta baja estaba preparado para un desesperado plan de acción, tan sencillo como atrevido. Los agentes le tenían en el fondo del ascensor; abrió uno las puertas y el otro se volvió para sacar a Ranoke de allí.

El agente federal disparó su pie derecho, alcanzando al policía en el bajo vientre. El hombre gimió y se dobló por la cintura. Ranoke cargó furiosamente con el hombro y le lanzó contra su compañero. Cayeron los dos dando tumbos y Ranoke entró de nuevo en el ascensor. Cerró la puerta exterior tirando de los barrotes con sus dientes. La otra puerta le costó menos trabajo. Con solo volverse de espaldas a ella pudo usar las manos.

Luego, con la barbilla, accionó el botón del último piso. El aparato se puso en marcha. Ranoke sabía que uno de los agentes, el que había recibido la salvaje patada, no estaría en condiciones de luchar; pero el otro sí lo estaba. Podría detenerle entre dos pisos con solo abrir la puerta de acceso al hueco del ascensor. Por esta razón, Ranoke solo permaneció en el aparato durante el tiempo que tardó en llegar al piso segundo. Allí lo detuvo abriendo la puerta y se sirvió de las escaleras para continuar la ascensión.

El agente de la «Volkspolizei» estaba tan aturdido que no cayó en la cuenta de cómo detener a su adversario, lo que fue una fortuna para Ranoke. Le oyó subir rápidamente las escaleras. Le llevaba de ventaja un par de tramos y llegó sin novedad ante la puerta del piso de Freyen; sonrió al encontrarla abierta. Aquella gente no gastaba cortesías. Tampoco iba a recibirlas del agente federal, pensó Ranoke.

Entró y cerró la puerta, echando la llave. Luego corrió al cuarto de estar y procedió a efectuar un movimiento gimnástico. Tener las manos a la espalda le sumía en la impotencia. Se sentó en el suelo y

se contorsionó hasta conseguir pasar las muñecas por detrás de la región glútea hasta debajo de las rodillas. Una maniobra que no cualquiera pudiese realizar, pero que Ranoke efectuó rápidamente. Ahora, con los brazos por delante, podría utilizarlos a pesar de las esposas.

Oyó la carga del agente contra la puerta. La casa era vieja y la madera de aquellas puertas resistente. El agente debió comprenderlo así, puesto que empezó a disparar contra la cerradura.

Ranoke corrió de una habitación a otra, cerrando las ventanas y contraventanas. Luego arrancó los fusibles del pasillo y se quitó los zapatos, justo en el momento en que el policía conseguía abrir la puerta.

Corrió silenciosamente hasta el cuarto de estar y se agazapó detrás de una butaca.

El agente de la «Volkspolizei» avanzó lentamente.

Ranoke aguardó en silencio. Le oyó llegar al cuarto de estar y percibió su respiración cuando se detuvo en medio de la estancia. Consiguió divisar confusamente su silueta. Aquello era un juego mortal donde no se podían cometer errores. Quizá el otro policía se había recuperado lo suficiente y venía en ayuda de su compañero, o puede que estuviera telefoneando para pedir ayuda.

Lentamente, paso a paso, el agente avanzó hacia la ventana. Quería abrir la para disponer de más luz. Ranoke se deslizó por detrás de los muebles, tan sigilosamente como un gran gato. Aguardó hasta que la oscura silueta del policía se interpuso ante las rayas de luz que se filtraban por las ranuras de la ventana.

Entonces el agente federal se incorporó sigilosamente y alargó los brazos.

¡Ahora! Bajó las muñecas y tiró hacia sí. Le había atrapado por el cuello y la cadena de sus esposas estaba ahora presionando sobre la garganta del policía.

Ranoke tiró salvajemente, haciéndole doblar las rodillas. Aumentó la presión todo lo que le fue posible. La pistola que empuñaba el policía escupió un fogonazo anaranjado; la bala agujereó el entrepaño de la ventana. El siguiente disparo ensordeció a Ranoke, pero la bala se perdió en el techo, luego de rozar el oído del agente federal.

Para entonces, el miembro de la «Volkspolizei» estaba casi sin vida. Ranoke aumentó la presión con un esfuerzo sobrehumano. Los frenéticos movimientos de su víctima le hicieron perder el equilibrio, pero no cejó en su empeño y, poco a poco, el otro perdió

la facultad de moverse.

Luego, súbitamente, se quedó desmadejado, como una masa inerte. Ranoke había aprendido muy bien la lección y no pensaba correr ningún riesgo. Estuvo sosteniendo la presión de la cadena contra la garganta de su enemigo hasta que oyó ruido de pasos rápidos que se acercaban. ¡El otro policía!

Soltó a su presa y tanteó el suelo, en busca de la pistola. La encontró y se deslizó tras la butaca que había junto a la puerta del pasillo.

—¿Erich? —la voz sonaba entrecortadamente—. «Ich hoere Sie nicht»!

Ranoke permaneció inmóvil, esperando.

El policía avanzó un poco más.

—«Warum antworten Sie nicht»? —insistió.

Su compañero no estaba en condiciones de contestar. Había sido estrangulado por Ranoke, pero esto no podía saberlo el alemán.

Sucedió un silencio. El agente enemigo no avanzaba más. En cualquier momento podía dar media vuelta y salir en busca de ayuda, cosa que no convenía a Ranoke.

Apuntó al centro de la silueta oscura del policía y oprimió el gatillo. La automática rebotó en su mano. La negra figura del pasillo disminuyó de altura. Pero un fogonazo brilló enfrente y Ranoke oyó el silbido de la bala demasiado próximo. Disparó de nuevo.

El cuerpo de su enemigo se derrumbó. Ranoke, con toda suerte de precauciones, abrió la ventana del cuarto de estar. El policía del pasillo continuaba inmóvil. El agente federal se acercó a él, sin dejar de apuntarle. Cuando llegó a su lado comprendió que todas las precauciones estaban de más. Una de las balas le había atravesado la cabeza.

Entonces Ranoke corrió hacia la puerta y la cerró por medio del cerrojo, ya que la cerradura había quedado inutilizada. Resultaba imposible creer que nadie de la casa había oído el fragor de la lucha.

El agente federal se puso los zapatos y buscó luego en las ropas de sus víctimas. Reunió todo lo que llevaban encima y encendió un cigarrillo, dispuesto a meditar acerca de su situación, ahora que disponía de algún tiempo.

Se le ocurrió un plan que podría tener éxito, pero para él hubiera necesitado de un colaborador. Pensó en Klippe, rechazando la idea inmediatamente. Weldon le había advertido que Klippe no actuaba sino de contacto.

Debería buscar otro medio para llegar donde quería, pero ¿qué medio podría ser este?

Entonces, inesperadamente, alguien llamó a la puerta. Ranoke se sobresaltó.

III

R

ANOKE no se había preocupado de quitarse las esposas, a pesar de que tenía las llaves encima de la mesa. Las usó ahora y se libertó de las manillas de azulado acero. Empuñó su revólver y miró hacia el pasillo.

¿Quién podría ser el que llamaba? Quizá policía popular, en busca de los dos agentes que yacían muertos en el piso, aunque esto parecía poco probable, puesto que apenas hacía media hora que estos últimos habían llegado allí; imposible que les hubieran echado de menos en tan corto espacio de tiempo.

Lo mejor sería enfrentarse con este nuevo peligro sin pérdida de tiempo. Ranoke avanzó hacia la puerta y descorrió el cerrojo con la mayor suavidad. Luego se echó a un lado y tiró de la puerta violentamente, ocultándose tras el marco.

No ocurrió nada. Entonces intentó salir al exterior. Su pistola se apoyó en el cuerpo de un hombre que le cerró el paso y otro 38 le apuntó a él.

Durante un instante Ranoke se quedó sin habla. Estaba frente a frente de ¡Birdie Weldon!; el agente del C.I.A. estaba tan sorprendido como él, a juzgar por su expresión.

Ranoke le asió por un brazo y tiró de él. Cerró la puerta luego y colocó los fusibles, encendiendo la luz del pasillo.

—¡Demonios! —gruñó Weldon—. ¡Vaya recibimiento!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ranoke—. ¿Ha cambiado la política de nuestro Gobierno?

—Seguro que no —rió Weldon—. Pedí una semana de permiso para ir a París. Asunto personal.

—Y se ha metido en este lío sin contar con nadie —comentó Ranoke—. Le arrancarán la piel cuando se enteren sus jefes.

—Es posible, pero no quería perderme la fiesta —exclamó Weldon animadamente—. Así que me dije: Birdie, muchacho, si quieres divertirte has de aprovechar esta ocasión y...

Acababa de ver el cuerpo tendido en el pasillo. Se acercó a él y lo contempló ceñudamente.

—Apenas hace hora y media que está usted en el sector soviético —observó quedamente —y ya ha trabado conocimiento con la

«Volkspolizei».

—Tengo otro ahí dentro, en el cuarto de estar —sonrió Ranoke.

—¿Vivo?

—Tan muerto como este. Vinieron a preguntar por «Herr» Freyen y se pusieron pesados. Naturalmente, tuve que deshacerme de ellos. Venga, Weldon.

Entraron en el cuarto de estar. Ranoke encendió la luz, sin atreverse a abrir las ventanas.

—Pasará algún tiempo antes de que investiguen la desaparición de los dos policías —observó Weldon—. Pero deberíamos salir de aquí a toda prisa...

Ranoke asintió.

—Nos iremos pronto —explicó—. Estaba, precisamente, pensando el modo de averiguar algo acerca del número doce de la «Buchstrasse», cuando llegó usted. Lo único malo con el plan era que debíamos ser dos y yo estaba solo. Ahora todo está resuelto.

—¿De veras? —preguntó Weldon muy interesado.

—Nos pondremos esos uniformes, convirtiéndonos en agentes de la «Volkspolizei».

Weldon movió la cabeza negativamente.

—No serviría de nada presentarnos en ese misterioso lugar disfrazados, créame —exclamó—. Tendríamos que saber lo que buscamos, por lo menos.

—No sería ese el primer paso, Weldon. Conocemos la existencia de dos sujetos conectados con el asunto. «Herr» Lustig, el nombre que mencionó aquel hombre en América, y el doctor Max Essig, el cual visita ese edificio con regularidad. Mi plan es capturar a Essig y hacerle hablar.

—Podría resultar. Con los uniformes de la «Volkspolizei» se puede asustar a cualquiera en esta zona de Berlín. Los personajes de hoy son condenados de mañana. Sí, eso tiene sentido. Tenemos incluso, el coche oficial de estos sujetos. Lo he visto junto a la puerta cuando vine.

—Lo utilizaremos, pero estoy discurriendo algo más complicado aún. El uniforme de la «Volkspolizei» puede ser temido aquí, pero los hay peores y voy a tratar de hacerme pasar por uno de esos personajes. En una ocasión lo hice¹. Repetiré el truco con ligeras variantes. Iremos a los alrededores del doce de la «Buchstrasse».

—¿Y...?

—Capturaremos al primer oficial soviético de la «Objedinjennoje Gosudaretvennoe Politicheskoe Upravlenie».

—Ya no se llama así —observó sonriendo Weldon.

—Eso es lo bueno. Cambian de nombre, eso es todo. Se llamó «Tscheka», G.P.U., O.G.P.U., M.V.D. y N.K.V.D., pero son los mismos; una colección de verdugos políticos que utilizan el terror.

—Bien, podremos hacerlo si tenemos suerte. ¿Qué viene luego?

Ranoke sacó su paquete de cigarrillos alemanes y ofreció uno a Weldon.

—Es una buena pregunta —sonrió—. Daría cualquier cosa por poder contestarla. Pongamos manos a la obra. Hay agua oxigenada en el cuarto de baño; nos servirá para limpiar las manchas de sangre de los uniformes. ¿Sabe de algún lugar al que podamos dirigirnos y que nos pueda servir de escondite? Tenemos que llevarnos los cadáveres.

—Seguro. Hay un almacén abandonado, junto al río, que es nuestro. Nos ha sido de utilidad en el pasado y es, justamente, lo que necesitamos.

Trabajaron silenciosa y rápidamente. En veinte minutos estuvieron listos. El uniforme de Weldon le venía un poco ancho, pero no le caía mal del todo. El que se puso Ranoke parecía hecho a medida.

Vistieron los dos cadáveres con sendos trajes de Freyen; los bajaron en el ascensor y los transportaron hasta el coche, sin novedad. Una de las cosas más impresionantes de la zona soviética de Berlín era su aspecto de ciudad muerta. En la casa no se tropezaron a nadie. En la calle, los escasos transeúntes que les vieron no se detuvieron ni volvieron la cabeza.

Cuando se pusieron en marcha, Weldon preguntó casualmente:

—¿Para qué queremos los cadáveres?

—Para nada, esa es la verdad; pero si los encontraran se sembraría la alarma. En cambio, si solamente los dan por desaparecidos, supondrán que se trata simplemente de otro par de berlineses que ha escogido la libertad.

Weldon asintió con la cabeza. Estaba altamente complacido de tomar parte en la aventura, después de algunos meses de inacción. Ranoke, al volante, llevó el coche hasta las proximidades del doce de la «Buchstrasse». Allí se detuvo y estacionó el coche junto a la acera. Estaban lo bastante cerca de la puerta para ver a las personas que entraban y salían.

Durante tres cuartos de hora vigilaron el lugar atentamente. Pasado este tiempo, Ranoke vio lo que estaba buscando. Un oficial de N.K.V.D. abandonó el edificio y caminó lentamente por la acera. Era un hombre alto y delgado, vestido con un uniforme nuevo y cuyas botas negras, escrupulosamente limpias, reflejaban la luz

como si fueran espejos.

Ranoke puso el coche en marcha. Avanzó lentamente hasta llegar a la altura del oficial. Entonces frenó y saltó a la acera.

Saludó rígidamente.

—«Herr» oficial —dijo en alemán—. Tenemos en el coche algo para usted.

El oficial ruso le miró fríamente.

—¿Para mí? —contestó con un fuerte acento—. ¿Quién les envía?

Ranoke arriesgó el todo por el todo. Aquel hombre, allá en Cocoa, había citado el nombre de «Herr» Lustig. Sería alguien importante en el plan de sabotajes de Cabo Cañaveral. Si en el doce de «Buchstrasse» había algo relacionado con esto, aquel oficial ruso debía conocerle.

—«Herr» Lustig —dijo con aplomo.

El ruso perdió parte de su aire receloso.

—«Herr» Lustig acaba de hablar conmigo y no me ha dicho nada —observó en tono de duda—. ¿De qué se trata?

—Véalo, por favor —insistió Ranoke, saludando de nuevo.

El ruso dio media vuelta y avanzó hacia el coche. Weldon saltó del vehículo y abrió la puerta trasera. El ruso vio los dos cuerpos tendidos en el piso del vehículo y se inclinó para verles la cara.

Entonces, Ranoke, con la velocidad del rayo, le golpeó la parte posterior de la cabeza con su revólver. Empujó al ruso dentro del coche y subió al asiento delantero.

—Entre detrás y póngale las esposas —ordenó a Weldon.

En unos segundos se hallaban ya en marcha, calle abajo, con su nuevo prisionero.

—Tome el volante—. Ranoke frenó y dejó libre el asiento del conductor para que lo ocupara Weldon—. Vamos a ese almacén abandonado y trataremos de pensar un poco en la forma de hacerle una interviú a «Herr» Max Essig.

Weldon saltó al asiento delantero y puso el coche en marcha de nuevo, dirigiéndose hacia el Sur, bordeando los muelles del Dahme. En unos diez minutos se hallaban junto a uno de los grandes barracones con tejado de cinc que miraban hacia el río. Weldon saltó a tierra y abrió la puerta con una de sus llaves.

Maniobró luego y condujo el vehículo al interior. Finalmente cerró la puerta de nuevo y se volvió hacia Ranoke.

—Bien, amigo, ya estamos aquí —sonrió.

Ranoke examinó el lugar. Era un gran espacio lleno de polvo e inmundicias acumuladas por el tiempo. Parecía, y lo era, una de

esas instalaciones comerciales abandonadas al acabar la guerra que aún no había vuelto a entrar en actividad. Habían cajones destrozados parcialmente, rollos de gruesa cuerda y muchos otros objetos diseminados por allí.

Y, más interesante, dos coches, un «Volkswagen» y uno de esos vehículos rusos de mediano tamaño fabricados por la casa «Zis».

—Nuestro parque móvil —aclaró Weldon—. Llevan matrícula falsa. Con esta que hemos traído, ya hay dos «Volkswagen». Por cierto, que el precio ha sido el mismo. Los dos fueron robados.

Se rio alegremente y Ranoke le acompañó.

—Bueno, me gustaría que tuviéramos un sitio donde poder sentarnos —observó.

—Lo hay. Tenemos un buen sótano bajo esto, con dos ventanas que dan al río. Así, si nos sorprenden, podríamos intentar huir a nado. ¿Nos llevamos los cadáveres?

—Desde luego —asintió Ranoke—. Y al de las botas relucientes, también.

Weldon levantó una trampa de hierro y pusieron manos a la obra inmediatamente. Bajaron los cuerpos inertes de los policías y el ruso pudo descender por su propio pie, ya que había recuperado el conocimiento.

Los metieron a todos en una habitación sin ventanas; el oficial ruso quedó asegurado con otro par de esposas en los tobillos, para lo cual hubieron de despojarle de sus botas, y Weldon llevó a Ranoke a otra estancia que disponía de ventana, con cristal esmerilado y muy sucio.

—Bien, aquí están las sillas y una buena mesa —mostró Weldon—. Vamos con la segunda parte del plan.

Ranoke dejó encima de la mesa los documentos y papeles que había encontrado en los bolsillos de sus víctimas y en los del oficial de la N.K.V.D., examinándolos pensativamente.

Después abrió la pequeña cartera que constituía todo su equipaje y comenzó a trabajar, manejando su colección de plumas y varias clases de tinta.

* * *

Ranoke tachó otro día en el calendario de su agenda. Noviembre, 30.

El 6 de diciembre se lanzaría el «Pioneer III» y aún parecía estar lejos la solución del caso.

Ranoke se volvió hacia Weldon.

—Creo que será hoy cuando nos pondremos en contacto con el doctor Essig —dijo pensativamente.

—Le hemos vigilado durante unos días —indicó Weldon—. Reparte su tiempo entre el doce de «Buchstrasse», su consulta en la «Karl Marx Platz» y el domicilio particular. ¿Dónde daremos el golpe?

—En la «Karl Marx Platz». Allí solo dispone de dos ayudantes y estos se marchan antes que él, cuando terminan las consultas. Es un hombre metódico; a las seis y treinta de cada tarde sale de la casa para trasladarse a su domicilio. Esperaremos a que salgan sus ayudantes y entraremos nosotros.

Miró su reloj. Eran ya las cinco y treinta minutos. Debían comenzar los preparativos inmediatamente.

Se vistieron los uniformes de agente de la «Volkspolizei». A pesar de llevar las pistolas reglamentarias, tanto Ranoke como Weldon se guardaron en el bolsillo los revólveres, armas que estaban más acostumbrados a usar.

A las seis de la tarde, con un tiempo brumoso, salieron del cobertizo en uno de los «Volkswagen». En el exterior, la niebla se espesaba por momentos, lo que resultaría una ventaja para ellos.

La «Karl Marx Platz» estaba en Biersdorf; debido a la niebla tardaron casi veinte minutos en llegar a aquel lugar. Se estacionaron cerca de la puerta del edificio donde el doctor Essig tenía su consulta particular.

Por alguna razón, los ayudantes del doctor tardaron más hoy en marcharse. Dieron las seis y treinta y no pudieron verles. Ranoke comenzó a sentir alguna inquietud. Durante días se había seguido allí una rutina que hoy se había abandonado.

Cinco minutos más tarde aparecieron los ayudantes, un joven y una muchacha, marchándose por una de las calles laterales, como siempre.

Ranoke tiró el cigarrillo que estaba fumando.

—Vamos —dijo quedamente.

Baja con del vehículo y se internaron en la húmeda niebla, atravesando la amplia acera. Encontraron al doctor en el momento en que iba a atravesar el portal.

—¿Doctor Essig? —preguntó lentamente Ranoke.

El doctor miró curiosamente a los dos agentes de la «Volkspolizei». No importa su rango, en la zona soviética de Berlín cualquier persona debe sentirse alarmada por una visita de la Policía.

—Sí —contestó.

—Necesito hablar con usted en privado —prosiguió serenamente Ranoke, muy en su papel—. En su consulta estaríamos perfectamente.

El doctor Essig asintió con aire preocupado. Les condujo hasta la escalera y subieron al primer piso. Abrió la puerta y entró, dejando pasar luego a Ranoke y Weldon. Les hizo entrar en un despacho y les indicó que tomaran asiento, ocupando él el sillón de detrás de la mesa.

Ranoke extrajo las credenciales del oficial ruso, convenientemente arregladas, de modo que ahora llevaban el nombre de Iván Petrovich Ranokieff, su propio apellido en la forma original no americanizada, puesto que Ranoke era hijo de un ruso blanco emigrado a los Estados Unidos.

Había otros detalles ligeramente modificados, como el de la graduación; se había ascendido a coronel de N.K.V.D. en lugar de dejar la anterior de teniente que había constado en el documento.

El doctor examinó la tarjeta y pareció sorprendido en grado sumo. Ranoke le tendió una hoja de papel escrita a mano. Decía:

«El coronel Ranokieff, Iván Petrovich, actúa por orden directa y personal mía. Todo aquel relacionado con los asuntos que verbalmente indique queda obligado a prestar su más rápida y completa colaboración. Es de importancia señalar que se debe guardar el máximo secreto y que en esta investigación no deben presentarse informes por escrito».

Firmaba el comisario del Interior y había un sello de dicho Comisariado. Aunque no fuera todo sino una imitación de Ranoke, que había copiado aquella firma y la letra manuscrita del documento del teniente de la N.K.V.D., resultaba altamente convincente.

—Supongo —observó Ranoke— que estará usted sorprendido de ver que un oficial de la N.K.V.D. se presenta ante usted con uniforme de la «Volkspolizei». Buscamos el secreto, eso es todo.

El doctor Essig estaba impresionado. Asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Algo anda mal —indicó incisivamente Ranoke—. Algo anda mal en el número doce de la «Buchstrasse».

—¿Referente a qué?

Aquello indicaba que eran varias las actividades que se ejercían en el misterioso edificio.

—Referente a una operación que está llevando a cabo en Florida, Estados Unidos.

Essig se frotó la barbilla.

—¡«La Fórmula X»! —murmuró—. Pero ese asunto corresponde a...

—¿«Herr» Lustig? —Ranoke se arriesgó a colocar aquel misterioso nombre osadamente—. Trataremos de ello inmediatamente.

Essig tomó uno de sus cigarros habanos de una caja que había encima de la mesa y lo encendió.

—«Herr» Lustig podría informar mejor que yo acerca de ese plan —dijo.

—Llámele por teléfono —ordenó—. Ahora.

—¿Llamar a «Herr» Lustig? —Essig se echó hacia atrás en su asiento—. Podemos verle en el doce de la «Buchstrasse».

Ranoke se inclinó hacia delante y golpeó levemente el tablero de la mesa con el dedo.

—El doce de la «Buchstrasse» está vigilado —indicó duramente—. Tenemos motivos para sospechar que hay agentes enemigos, uno por lo menos, infiltrados entre el personal. Mi viaje debe permanecer secreto. No debemos dar la menor impresión de que vamos a hacer nada fuera de lo normal para no prevenir a nuestros enemigos. Llame a «Herr» Lustig y dígame que venga.

Essig dejó de hacer objeciones. La documentación soviética de Ranoke le había convencido completamente. Marcó un número en el aparato telefónico y habló brevemente al cabo de unos segundos de espera:

—¿«Herr» Lustig? Soy el doctor Essig. Estoy en el despacho de mi consulta. Debo verle inmediatamente, aquí. ¿Puede venir?

Sucedió una pequeña pausa. Luego el doctor Essig insistió:

—Comprendo perfectamente, pero no puedo darle más explicaciones por teléfono. Ya comprenderá que si no se tratara de algo importante y urgente no le molestaría con esta petición. Bien, le espero.

Colgó el aparato y miró a Ranoke.

—Dice que vendrá en quince minutos —aclaró.

Ranoke asintió con la cabeza y encendió un cigarrillo.

IV

L

A llamada sobresaltó al doctor Essig. Ranoke continuó imperturbable, pero el corazón le dio un salto. Aquel sería Lustig. De lo que se tratara ahora dependía el éxito o el fracaso del plan.

Hizo una seña a Weldon y este salió al pasillo, para abrir la puerta. Al cabo de unos momentos regresó, acompañado por un hombre alto, de ojos claros y que mostró una cabeza completamente afeitada cuando se quitó el sombrero. Vestía de un modo poco llamativo y en lugar de gabardina o abrigo lucía una chaqueta de cuero. Miró fríamente a Essig, luego a Ranoke:

—Bien —dijo duramente—, aquí estoy.

Un ruso, Ranoke adivinó esto al momento, por su acento y aspecto general.

Por eso Ranoke habló en ruso:

—Celebro conocerle, «tovarich»... Lustig —hizo una pausa como para indicar que sabía que aquel era un nombre ficticio—. Lamento haberle hecho venir aquí, pero tenía mis razones. La «Fórmula X» corre peligro inminente y hay que hacer algo rápidamente.

Lustig le miró con ceñuda expresión. Ranoke adivinó que su cerebro estaba lleno de sospechas y le alargó la tarjeta de identidad y la carta falsificada. Lustig las leyó cuidadosamente. Levantó luego la vista para escudriñar el rostro impassible de Ranoke; luego volvió a leer aquellos documentos. Finalmente los devolvió con una expresión de perplejidad que demostraba la confusión en que se encontraba. Había que aprovechar el momento.

—No tengo noticias malas al respecto —contestó, también en ruso—. El plan marcha bien. Dos de nuestros hombres fueron muertos por un agente enemigo en los Estados Unidos, sí, pero nuestros adversarios no saben por dónde buscar. Según mis noticias, «la Fórmula X» es un éxito hasta el momento.

—Está dejando de serlo —contradijo Ranoke—. Se sigue ganando tiempo, es cierto, pero está a punto de fracasar en el instante en que es más importante. El seis de diciembre está muy cerca ya.

Lustig miró a Ranoke fijamente.

—Los dos hombres están bien guardados —afirmó.

—Hay varios agentes enemigos aquí, en Berlín Este. No saben a ciencia cierta lo que buscan, pero están vigilando el doce de la «Buchstrasse». Alguno de los agentes que murieron en Estados Unidos debió dar una pista. Y alguien está dispuesto a traicionarnos. ¿Habla ruso el doctor?

—«Niet» —negó Lustig.

—Puede ser nuestro hombre, ¿entiende?

La frente de Lustig se cubrió de amenazadoras arrugas.

—¿Qué sugiere, coronel? —preguntó.

—Traiga a esos hombres aquí —ordenó Ranoke—. Que los vistan con uniformes rusos, por ejemplo, para que no llamen la atención de los agentes que nos vigilan. Y que venga una escolta de nuestros hombres. Solo quiero gente de la N.K.V.D. aquí. Sea rápido.

Los planes de Ranoke estaban dando mejores frutos de lo que pudo soñar.

Lustig salió al pasillo, abriendo la puerta. Habló rápidamente con uno de sus hombres y volvió enseguida.

—Hablemos en alemán —propuso tranquilamente—, para que nuestro amigo el doctor Essig pueda participar en la conversación.

«Herr» Lustig se puso en pie al oír el timbre. Acudió a la puerta y el pasillo resonó con las pisadas de varios hombres. Cuando entraron al despacho del doctor Essig, Ranoke estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa.

¡LOS DOS PRISIONEROS DEL NUMERO DOCE DE LA «BUCHSTRASSE» ERAN EL DOCTOR KARL MUELLER Y EL INGENIERO ADOLF KEMPEL!

¡Increíble! Pero cierto. Habían sido secuestrados y traídos al Berlín Este de algún modo imposible de imaginar. Ranoke no podía adivinar la razón de este secuestro, pero había algo siniestro detrás de todo aquello. Miró a Lustig y este hizo una señal con la cabeza al teniente de la N.K.V.D. que mandaba la escolta de los prisioneros.

—Aguarde junto a la puerta, teniente —ordenó.

El oficial saludó rígidamente y salió. Ranoke pensó rápidamente y salió detrás de él.

—¡Un momento, teniente! —dijo autoritariamente en ruso.

El oficial se detuvo en el pasillo, pero Ranoke le hizo avanzar hacia la puerta y salir del piso.

—Vea esto —le mostró las credenciales falsificadas y la carta, también falsa, del comisario soviético del Interior.

El oficial saludó respetuosamente.

—Escuche atentamente —ordenó en voz baja—. Voy a llevar los

prisioneros al doce de la «Buchstrasse» de nuevo. Encárguese de estos dos hombres, el doctor Essig y «Herr» Lustig. Deben permanecer aquí, incomunicados, hasta nueva orden. ¿Entiende?

—Sí, coronel.

—Recurran a la violencia si es necesario, pero cumpla mis órdenes. Volveré dentro de un par de horas.

—Sí, coronel.

Ranoke dio media vuelta y volvió al despacho de Essig. Lustig tenía una curiosa expresión de ave de rapiña. Esperaba ver grandes cosas y las vería, aunque no las que imaginaba.

Ranoke miró a los científicos alemanes; Mueller y Kempel debían estar bajo la influencia de alguna droga. Sus pupilas parecían muy dilatadas y no demostraban darse cuenta de lo que les rodeaba.

—¿Cuánto durarán los efectos? —preguntó Ranoke.

—Una semana, por lo menos —informó el doctor Essig.

Bien, se recuperarían por sí solos. Aquello le bastó a Ranoke. Tenía que llevar a los científicos a sitio seguro y lo más pronto posible. Aplastó su cigarrillo en el cenicero y, ante los atónitos ojos de Lustig y Essig, sacó el revólver del bolsillo.

Weldon imitó su movimiento y los dos hombres quedaron ante los cañones de las armas, con una expresión de profundo desconcierto.

El primero en reaccionar fue Lustig. Se puso en pie de un salto y abrió la boca al tiempo que se le hinchaban las venas del cuello. Se disponía a gritar y no era el momento oportuno para poner a prueba la fidelidad de los hombres de N.K.V.D. Lustig había mandado en ellos demasiado tiempo y corrían peligro.

Ranoke golpeó con el cañón de su revólver en la rapada cabeza del ruso; Lustig se desplomó lentamente, agarrándose al sillón con un esfuerzo sobrehumano para volver a levantarse. Ranoke golpeó de nuevo y Lustig se desvaneció completamente.

—¡Rápido! —ordenó el agente federal—. Lleve a estos hombres hacia la puerta.

Weldon asió a los dos científicos por la cintura y les ayudó a caminar por el pasillo. Ranoke abrió la puerta y señaló hacia dentro.

—¡Recuerde! —ordenó al teniente ruso.

—Sí, coronel.

Bajaron la escalera sin que los hombres del teniente les pusieran impedimento alguno.

La niebla estaba más espesa que nunca. Weldon colocó a los

prisioneros en el asiento trasero y subió con ellos. Ranoke saltó ante el volante y puso en marcha el motor. Arrancó violentamente y torció por la primera esquina.

—¿Nos siguen? —preguntó.

Weldon miró por la ventanilla trasera.

—No, que yo vea.

Ranoke respiró hondo. Lo que parecía imposible se había conseguido. Con Mueller y Kempel en su poder, todo se aclararía en cuanto los dos hombres pudieran hablar, una vez pasado el efecto de la droga. Ahora tenían que preparar la huida hacia la zona americana.

Volvieron al barracón junto al río y bajaron al sótano. Ranoke echó un vistazo a la habitación donde tenían encerrado al oficial ruso. Era un hombre obstinado y duro, al que no había podido sacar ni una palabra. Vio que todo seguía en orden y volvió a cerrar la puerta.

—Nos quitaremos esta ropa —sonrió a Weldon—. Llevamos mucho tiempo sin descansar. Dormiremos luego y veremos qué tal se presenta el panorama mañana por la mañana.

—Me figuro que les hemos puesto en un aprieto —dijo Weldon—. Se han portado como unos asnos.

—Es el final para ellos —admitió Ranoke—. Nunca podrán justificarse ante sus superiores.

—Bien, mañana me pondré en contacto con Klippe. Si hay algún medio de salir de la zona soviética, él lo sabrá.

Ranoke miró su reloj. Las nueve en punto de la mañana. Tomó un emparedado de los que había comprado Weldon y abrió una lata de cerveza.

Era una cosa irritante que Mueller y Kempel continuaran sumidos en aquella semiinconsciencia. Comían y dormían, pero sus cerebros estaban cerrados a todas las preguntas por el momento. Ranoke ardía en impaciencia por saber lo ocurrido. Los detalles del secuestro y lo que hubiera sucedido en el doce de la «Buchstrasse» eran importantes.

Pero, desgraciadamente, solo podría hacer una cosa; esperar y tratar de pasar con los dos científicos a la zona americana de Berlín.

Volvió a consultar su reloj. Weldon había llamado por teléfono a Klippe, concertando una cita con él. Debía faltar poco para que regresara.

Pensó que hubiese sido más inteligente matar a Lustig y al doctor; su conciencia occidental le impidió asegurar las cosas de

aquel modo. Ahora mucho dependía de que Lustig no hubiera recobrado la libertad, pero esto resultaba poco probable. El teniente de la N.K.V.D. que les guardaba entraría en dudas al no haberse presentado Ranoke, en su papel de coronel ruso, a las dos horas, tal como dijera.

No, Lustig debía hallarse ya en posesión de libertad de acción. No todo estaba perdido para él. Si recuperaba a los prisioneros y detenía a Ranoke, tenía ciertas posibilidades de justificación. Lo cual quería significar malas noticias para Ranoke.

Oyó pasos por la escalera de hierro que conducía al sótano, y se puso en pie, revólver en mano.

Entró Weldon. Traía una cara muy larga, cosa que desagradó a Ranoke.

—Estamos en un aprieto —dijo Weldon seriamente—. El «U-Bahn» está ahora vigilado por tropas soviéticas. Hace falta un salvoconducto especial para viajar hacia la zona libre. Nunca lograremos salir por ese camino; y no hay otro, a no ser que queramos saltar por encima de los soldados y las alambradas que hay entre las dos zonas de Berlín. Klippe dice que hay que esperar.

—Esperar es lo peor que podemos hacer —exclamó Ranoke—. Lustig extremará las precauciones a cada momento. Se le ocurrirán cosas nuevas de segundo en segundo para evitar nuestra fuga.

Weldon miró hacia Mueller y Kempel. Los dos hombres de ciencia seguían sentados junto a la mesa, con una expresión estúpida en las facciones.

—Veo que siguen igual —observó—. Por lo menos, Lustig no mintió al respecto. ¿Qué vamos a hacer?

Ranoke se levantó, se puso la gabardina y el sombrero.

—Iré a ver a Klippe —dijo duramente.

—Él no puede hacer nada.

—Yo creo que sí. Hablaré con él.

—Está bien. Llévase el «Volkswagen» que utilizamos ayer.

Ranoke se detuvo junto a la puerta.

—Si no estoy de vuelta al medio día —dijo—, es que ha ocurrido algo malo. Intente usted llegar a la zona americana y envíe a estos dos hombres a los Estados Unidos, dirigidos al mayor Coe, del Servicio de Seguridad de Cabo Cañaveral. Es algo vital. Yo no sé explicar qué es lo que ocurre, pero el mayor Coe lo averiguará si recibe a estos hombres y puede hablar con ellos cuando recobren el conocimiento.

Weldon sonrió.

—Seguro, compañero. Tenga cuidado —advirtió.

Ranoke entró en un sombrío bar de la «Taelmannstrasse», cerca del edificio donde vivía Klippe. Era una temeridad volver al escenario donde había huido eliminando a dos agentes de «Volkspolizei», puesto que el lugar podría estar vigilado.

Sin embargo, tenía una idea y deseaba ponerla en práctica.

Pidió una cerveza en el mostrador y utilizó el teléfono, marcando el número que le había dado Weldon. Le contestó una voz femenina.

—¿Está «Herr» Klippe? —preguntó.

—Sí. ¿Quién es usted?

—No importa eso. Voy a subir para hablar con él. Tengan la puerta abierta.

Colgó al momento, pagando la cerveza y saliendo a la calle inmediatamente.

Caminó osadamente en dirección al edificio y entró en la casa. Subió por la escalera en lugar de utilizar el ascensor.

Una vez en el piso cuarto avanzó por el pasillo. Al llegar frente a la puerta del piso de Freyen advirtió el papel pegado en el entrepaño y el precinto. Habían sellado aquello.

Siguió adelante y empujó la de Klippe. Estaba abierta; pasó al interior y la cerró.

Se encontró frente a un hombre delgado de edad madura.

—¿«Herr» Klippe? —preguntó.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Ranoke. Usted sabe de mi llegada. Weldon me advirtió de su papel en este juego y yo me proponía respetarlo, pero estamos en circunstancias extraordinarias.

—No debió haber venido, «Herr» Ranoke. La Policía ha estado aquí tres veces. Gracias a lo que quiera que hiciese usted en el piso de al lado, esto se ha puesto peligroso para todos nosotros.

Ranoke asintió con la cabeza.

—Lo sé y le pido mil disculpas. No fue mi intención poner las cosas difíciles para usted. Ahora necesitamos su ayuda. Tenemos que salir de esta zona.

—¡Imposible! Yo...

—Te llaman al teléfono —dijo una muchacha que acababa de salir al pasillo.

Klippe se fue dentro y Ranoke miró a la muchacha pensativamente. Si no conseguía dar con el medio...

—¡Es para usted! —Klippe tenía una expresión sombría.

Ranoke pasó a la sala y cogió el aparato.

—¿Ranoke? —era la voz de Weldon—. Me acabo de portar como un estúpido. Saqué al prisionero, al oficial ruso, para insistir en nuestro interrogatorio. Le quité las esposas de los tobillos. Me atacó y casi terminó conmigo. ¿Me oye, Ranoke? ¡El ruso ha escapado!

En aquel momento ya estaría dando la alarma. Había que salvar a los dos científicos.

—¡Obre inmediatamente! —ordenó secamente—. Tome uno de los coches y salga de ese lugar con Mueller y Kempel.

—¿Hacia dónde?

—Hacia aquí. No pierda un segundo.

Ranoke colgó el teléfono.

N

O hay más que una salida —dijo Ranoke—. Pasar al Berlín Oeste. Su vida corre grave peligro, Klippe. Por culpa nuestra, es cierto, pero tenemos que ver la realidad. Huya con nosotros y deje la zona soviética.

Klippe movió la cabeza. Su hija le cogió por el brazo.

—Hace tiempo que debimos salir de aquí —exclamó apasionadamente—. Esta parte de Alemania es sórdida. La odio.

—Está bien —admitió Klippe—. Pero, ¿cómo hacerlo? El «U-Bahn» está más vigilado que nunca. Ellos no lograrán pasar jamás.

—Hay gente a quién no se vigila demasiado. Les empleados del «metro»; supongo que tendrá más de un uniforme. Iremos todos con usted cuando entre de servicio. ¿A qué hora?

—A las doce.

—Bien, somos cuatro y su hija, sin contarle a usted —indicó Ranoke—. Nos meteremos en la cabina del conductor del último coche. Ese lugar está vacío durante el viaje de ida.

—Habrá un empleado en ese coche, el encargado de abrir y cerrar las puertas en cada estación.

Ranoke encendió un cigarrillo.

—Le llevaremos con nosotros, de grado o por fuerza. Yo ocuparé su lugar. ¿Hay posibilidades de conseguir lo que propongo?

Klippe se sentó y cargó su pipa tranquilamente.

—Seguro que sí —afirmó—. De todos modos, ya estaba cansándome de vivir en la zona rusa. Llevaremos adelante su plan. Tenemos una hora y media para estudiarlo.

Ranoke encendió otro cigarrillo.

—Dispongo de varios uniformes —prosiguió Klippe—. Usted y sus amigos pueden ponérselos. Entraré de servicio en la estación de la «Proletarstrasse», muy cerca de aquí. Muchos empleados viajan hasta los puntos donde deben incorporarse al trabajo. No llamarán la atención si se colocan en el último vagón.

—Es el conductor el que me preocupa —observó Ranoke—. Puede detener el tren si observa algo anómalo.

Klippe le miró curiosamente.

—¿Qué sugiere? —preguntó.

—Sustituírle —explicó fríamente Ranoke—. Nos jugamos demasiado para correr riesgos innecesarios. Usted, como jefe de tren, irá al primer vagón. Mis amigos y su hija se colocarán en el último, en la cabina del conductor, vacía hasta el final de trayecto. Yo, una vez que abandonemos la estación, entraré en la cabina delantera y me haré cargo de los mandos. Sé cómo manejarlos, aunque carezco de experiencia.

Klippe asintió con la cabeza.

—Podía resultar —admitió—. Necesitaremos suerte de todos modos.

Sonó el timbre de la puerta y Ranoke se volvió hacia el pasillo, empuñando el revólver.

—Abran —ordenó—. Yo me encargaré de todo si no es quien esperamos.

Klippe avanzó a lo largo del pasillo y Ranoke se deslizó tras él, colocándose pegado a la pared.

Klippe abrió la puerta. Sonrió y Ranoke comprendió que todo marchaba bien.

Entró Weldon, sujetando por los brazos a los científicos, que seguían en el mismo estado de estupor; aunque capaces de andar y comer, parecían no darse cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

Klippe cerró la puerta de nuevo y miró a Ranoke con aire apesadumbrado.

—Lo siento de veras, Ranoke —dijo—. No sé cómo pude ser tan idiota.

—Las cosas no están peor ahora que antes —sonrió Ranoke—. No se preocupe más. Aún no estamos vencidos. Vamos dentro y le pondremos al corriente de lo que intentamos hacer.

Descendieron las escaleras de la estación lentamente. Ranoke conducía a Mueller, mientras que Klippe y Weldon llevaban a Kempel. Detrás de ellos iba Charlotte, la hija de Klippe.

Abajo, en el andén, había poca gente. Una sola pareja de la «Volkspolizei» vigilaba aquello. Sería en la última estación antes de pasar a la zona americana donde habría dificultades.

Cuando, pocos minutos más tarde, llegó el tren, Ranoke parecía muy ocupado, con sus amigos, manejando una de las máquinas de venta de cigarrillos, todos de espaldas a la vía.

Dos empleados del tren que dejaban el servicio abandonaron el andén sin dirigirles una sola mirada y Klippe se hizo cargo del convoy. Weldon y los dos científicos entraron en el último vagón.

Ranoke subió al primero, con Klippe.

Cuando se pusieron en marcha, entrando en el túnel, Ranoke miró a Klippe. Era el momento. Abrió la puerta de comunicación y penetró en la cabina del conductor. Este le miró tranquilamente. Era corriente que sus compañeros entraran allí a charlar un rato entre dos estaciones.

Ranoke le encañonó con su revólver.

—¡Salga de ahí! —ordenó duramente.

El conductor no se amilanó. Levantó la mano para accionar el timbre de alarma. Ranoke le golpeó la cabeza con el cañón de su revólver y le retiró del asiento. Le colocó unas esposas con toda rapidez y le cubrió la boca con un trozo de esparadrapo, del que había hecho provisión en casa de Klippe.

Al cabo de unos minutos, en la siguiente estación, detuvo el convoy y notó que estaba sudando de excitación. Allá atrás, en el último vagón, Weldon debía de haber hecho la misma operación: deshacerse del encargado de maniobrar con las puertas.

Klippe se encargaría de echar un vistazo.

Aguardó a que salieran y entraran los viajeros y arrancó cuando le dieron la señal.

Klippe abrió la puerta unos centímetros. Le miró y asintió con la cabeza. Ranoke sintió que se le quitaba un gran peso de encima. ¡Todo marchaba bien!

Durante el resto de trayecto no observó cambios.

Fue al entrar en la última cuando llegó el peligro.

La próxima parada sería algo más allá de la puerta de Brandenburg, zona americana.

Había muchos policías de la República Popular en el andén. También se veían soldados rusos y algunos miembros de la N.K.V.D.

Uno de los oficiales de esta última organización estaba muy cerca del tren, observando. Agentes de la Volkspolizei entraron en los vagones y ordenaron que saliera el andén todo el mundo. Comenzó una lenta y desesperante inspección de los permisos para salir de la zona soviética.

Ranoke sintió que la sangre se le helaba en las venas. Acababa de reconocer al oficial de la N.K.V.D. Era el mismo hombre que habían tenido prisionero en los sótanos del barracón.

El ruso tuvo tiempo para estudiar las caras de Ranoke y Weldon y les reconocería a pesar de ir vestidos con el uniforme de los empleados del «Metro».

Durante los casi veinte minutos que duró la inspección, Ranoke hubo de hacer verdaderos esfuerzos para dominar los deseos de

poner en marcha el tren. Cada minuto que pasaban en aquel andén era un peligro mortal. Todo dependía de dos factores; que no identificaran a Weldon y Ranoke, por medio del oficial ruso, y que no inspeccionaran los vagones ni las cabinas de conductores.

Cuando la tensión era más inaguantable, la inspección terminó. Los viajeros con papeles en regla entraron de nuevo en los vagones y dieron la salida.

Con un suspiro de alivio, Ranoke oyó el siseo del aire comprimido del mecanismo de cierre de puertas, y accionó los mandos para poner en marcha el tren.

Entonces, el oficial de la N.K.V.D. miró a través de los cristales de la cabina. Se encontraba a menos de cinco pies de distancia. El uniforme y la gorra servían de máscara en cierto modo, pero el rostro de halcón del americano no era fácil de olvidar. El ruso levantó las cejas y, simultáneamente, el conductor se levantó, cubriendo la ventanilla y, por tanto, la visibilidad de Ranoke.

Ranoke, que acababa de arrancar, aumentó la velocidad; el oficial ruso, al ver al hombre que acababa de surgir, con las manos sujetas a la espalda y la boca cubierta con esparadrapo, lo comprendió todo al instante.

Sacó su pistola y comenzó a disparar contra la ventana. El desgraciado conductor fue alcanzado al momento.

Cayó al piso, muerto antes de tocarlo, Ranoke bajó la cabeza y el tren entró en el túnel.

La puerta de la cabina se abrió y Klippe, sonriente, gritó:

—¡Lo conseguimos!

—Vaya a ver cómo están allá atrás —ordenó Ranoke—. Puede haber alguien herido.

Klippe asintió con la cabeza y corrió hacia la puerta de comunicación, para llegar al último de los cuatro vagones.

Ranoke se sentía satisfecho.

Justo entonces, cuando todo parecía a punto de acabar bien, las luces se apagaron y Ranoke tuvo que aplicar los frenos.

Desde la estación que habían abandonado habían cortado el fluido eléctrico, deteniéndoles. La pendiente del túnel les era desfavorable.

Ranoke abandonó su puesto. En medio de la oscuridad, los viajeros armaban una algarabía indescriptible. Aquellos disparos al abandonar la estación y este súbito apagón habían sembrado la alarma.

Ranoke accionó el mando de puertas y las abrió, saltando al suelo del túnel. Corrió hacia el último vagón y trepó a él

rápídamamente.

Alguien disponía de una linterna de bolsillo allí.

—Estamos bien —era la voz de Weldon—. ¿Qué ha pasado?

—Han cortado la corriente y pronto tendremos aquí un destacamento de rusos dispuesto a aniquilarnos. ¿Qué distancia habrá hasta la próxima estación, Klippe?

—Unos mil quinientos metros.

—Entonces, solo queda una cosa que hacer. Salten a la vía y corran hacia ella. Yo trataré de detenerles.

—¡Me quedaré con usted! —exclamó Weldon.

—Usted irá con ellos. Hay que llevar a sitio seguro a los científicos y los Klippe. Usted será responsable de todos. Salten y corran por sus vidas. ¡Es una orden!

Weldon salió primero, ayudando a los demás. Había mucha distancia desde el piso del vagón hasta el suelo del túnel.

Ranoke bajó el último, en el momento en que algo parecido a un trueno lejano se acercaba rápidamente.

—¡Vienen los de la zona americana! —gritó Klippe—. ¡Procuren apretar sus cuerpos contra el vagón! ¡Hay muy poco espacio entre los dos trenes al cruzarse!

Ranoke cuidó de sujetar a los dos científicos; en su estado no se daban cuenta del peligro que corrían. Pasó los brazos por encima de la espalda de los dos hombres y esperó.

Con un fragor horrible, aumentado por los ecos del túnel, el tren llegó atronadoramente y pasó junto a ellos en un segundo. Ranoke sintió que algo rozaba sus codos y, en menos que se tarda en referirlo, todo había terminado.

—¡Corran! ¡Deprisa! —gritó Ranoke.

Weldon, con Klippe y Charlotte, empujaron a los científicos y se perdieron en la negrura del túnel.

Ranoke pensó entonces en la seguridad de los pocos viajeros que iban en el tren. Hizo bocina con las manos.

—«¡Achtung!» —gritó—. Hay peligro. ¡Que nadie abandone el tren! ¡Tiéndanse sobre el piso de los vagones y esperen!

Sobre el murmullo de los viajeros el eco llevó hasta los oídos de Ranoke el rumor de pasos. Algunos hombres calzados con botas corrían por el túnel.

Ranoke empuñó su revólver y sacó del bolsillo la automática que había capturado en el primer día de su llegada a la zona soviética.

Una potente linterna se encendió en el fondo del túnel. Ranoke disparó y la linterna se apagó. Una granizada de balas partió de la oscuridad; rebotaban con siniestros zumbidos en las paredes y

Ranoke comprendió que aquel lugar, bueno para su defensa, era muy peligroso para los viajeros que estaban en el tren.

Corrió a lo largo de la vía, alejándose del convoy hasta alcanzar un recodo, trescientas yardas más arriba. Se detuvo allí y disparó un par de veces para hacer saber a sus perseguidores que se había alejado.

La situación no era demasiado buena. Disponía de pocas municiones y sus enemigos estaban fuertemente armados con metralletas.

Ahora, cuando hicieron fuego de nuevo sus adversarios, se dio cuenta de que se habían acercado peligrosamente. El agente federal vació el cargador de la automática, tratando de contenerles, y la dejó caer al suelo luego. No disponía de cargadores de repuesto para el arma.

Tenía seis cartuchos en el revólver y diez más en el bolsillo, eso era todo.

Había que salir de allí. Se quitó rápidamente los zapatos y comenzó a correr por el túnel, en el momento en que se oía acercarse otro tren, procedente de la zona americana.

Se detuvo, pegándose a la pared, con la esperanza de que no le descubrieran a la luz del tren que llegaba.

Sus esperanzas resultaron fallidas. Los proyectiles silbaron de nuevo a su alrededor. Sintió una quemadura en el brazo izquierdo y se tiró al suelo.

El tren pasó estrepitosamente, perdiéndose en el túnel. Ranoke se incorporó y corrió por su vida. Los disparos de sus perseguidores levantaban los ecos ruidosamente. No ofrecía un buen blanco, es cierto, pero eran varios hombres disparando con armas automáticas y el aire estaba lleno de moscardones de plomo.

Mientras corría pensó que la energía eléctrica estaba cortada solo en la línea de ida. La otra debía ser controlada desde el lado americano.

Quizá, Weldon había podido enviar gente en su ayuda. La frontera entre las dos zonas debía pasar por algún punto de aquel túnel y podía estar a punto de rebasarlo.

No dudaba, sin embargo, que los soviéticos le perseguirían más allá de esa línea si no había algo que se lo impidiera. Tenía que darse prisa.

Algo le golpeó el costado y le hizo dar un traspié. Entonces, sintió un golpe más fuerte en la cabeza. Notó que iba a desmayarse. Cayó lentamente al suelo y quedó arrodillado, en un estado próximo a la inconsciencia.

Todo perdió súbitamente interés a su alrededor. Con la mayor indiferencia contempló como entre una neblina la llegada de unos hombres armados, que llevaban luces. Se arremolinaron a su alrededor y Ranoke levantó el revólver.

Alguien se lo quitó de la mano. Entonces se dio cuenta de que hablaban inglés. ¡Estaba entre amigos!

Los disparos cesaron bruscamente detrás del grupo. Ranoke, a punto de perder el sentido, sonrió alegremente. La patrulla soviética tendría que disparar contra los uniformes del Tío Sam si querían apresarle y esto era algo que nunca harían.

Un oficial ruso se adelantó y cambió unas palabras con el oficial americano que mandaba el destacamento. Luego dio media vuelta y se alejó.

A pesar de su estado, Ranoke le reconoció. Era el oficial de N.K.V.D. que había tenido prisionero en el sótano y que debía, ahora, volverse al agujero de donde procedía con las manos vacías.

Sintió ganas de reír y hasta llegó a abrir la boca. Entonces, todo se volvió más negro aún y perdió el conocimiento.

VI

R

ANOKE despertó con una sensación de angustia que le oprimía el corazón.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en una habitación de blancas paredes, de la cuál era el único ocupante al parecer, acostado en una cama.

Se movió y alguien lanzó una exclamación. Volvió la cabeza, en el momento en que un hombre se inclinaba sobre él.

—¡Weldon! —sonrió.

—Estamos a salvo, amigo —le dijo Weldon—. Mueller y Kempel son atendidos muy cerca de aquí. Parece que el efecto de la droga está terminando. Pronto podrán hablar. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, creo. ¿Qué me ocurrió?

—Nada importante. Un par de rasguños en el cuerpo y una rozadura en la cabeza. Le produjo conmoción y ha pasado cinco días sin conocimiento.

¡Cinco días!

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las siete de la mañana.

Demasiado tarde. El «Pioneer III» estaría siendo aprestado para salir al espacio ya. Por otra parte, hasta que Mueller y Kempel hablaran no sabría qué decidir.

—Me puse en contacto con el mayor Coe —prosiguió—. Le dije que había tenido éxito en su misión, nada más. Contestó que mandaba un avión del Servicio de Transporte de la Fuerza Aérea para llevarles a los Estados Unidos. El doctor que le ha atendido no ve inconveniente en que haga el viaje. Saldrán mañana por la mañana, si se encuentra lo bastante fuerte.

Ranoke sonrió.

—Saldremos hoy mismo, a poco que yo pueda hacer. Llame al doctor.

El médico militar de las Fuerzas Americanas de Ocupación no se opuso al viaje de Ranoke. Únicamente advirtió que debería tomar las cosas con calma durante algún tiempo.

Dos horas más tarde, Ranoke, acompañado por Weldon, se puso al habla con el jefe de la tripulación del aparato y acordaron partir

al oscurecer, para dar el salto sobre el Atlántico durante la noche. El estado de los dos científicos había mejorado. La droga estaba dejando de causar efectos, pero aún no tenían el cerebro lo suficientemente despejado para someterse a un interrogatorio por parte de Ranoke.

A las ocho de la noche, en el Aeropuerto de Tempelhof, un pequeño grupo de personas despidió a Ranoke. Estaban allí Weldon, Klippe y su hija Charlotte. Cambiaron algunas palabras mientras se calentaban los motores y llegó el momento de partir.

Ranoke estrechó la mano de Weldon.

—Gracias, amigo —le dijo afectuosamente—. Sin su ayuda no estaría yo aquí en este momento.

Weldon sonrió.

—Me divirtió la aventura, Ranoke —contestó—. Después de todo, no se pasa tan mal en la zona soviética de Berlín.

En cuanto a Klippe y Charlotte, estaban contentos de la vida. En Marienfeld les habían dado alojamiento y les prometieron buscarles trabajo. Empezarían una nueva vida, con esperanza, en la República Federal, lejos del terror de la zona soviética.

Ranoke, luego de despedirse de ellos y agradecerles su cooperación en el caso, muy valiosa, ciertamente, subió al avión y se cerraron las puertas.

El piloto condujo el aparato hacia la pista de despegue y aceleró los motores. En unos minutos estaban en el aire, volando hacia los Estados Unidos.

Ranoke acudió junto a los científicos Kempel y Mueller. Se hallaban confortablemente instalados en sus asientos, bajo la vigilancia de uno de los miembros de la tripulación. Seguían sin interesarse por nada de lo que les rodeaba.

Pero, estaban seguros, pensó Ranoke. Se sentía algo cansado. Volvió a su asiento y se preparó para dormir un poco.

Sin embargo, se encontraba algo nervioso y decidió esperar un poco. Avanzó por el pasillo hasta la cabina de los pilotos y abrió la puerta.

—¡Hola! —saludó.

—¿Qué hay? —sonrió el copiloto—. Pase y siéntese por aquí.

Ranoke entró.

—¿Saben algo acerca del «Pioneer III»? —preguntó.

—Lo que dice la radio. Se lanzó hace nueve horas y ganó altura rápidamente. Los científicos de Cabo Cañaveral creen que algo anda mal y no esperan que alcance la luna.

Ranoke asintió tristemente. Era de suponer. Habría que esperar

hasta que Mueller y Kempel pudieran contar su historia. Solo entonces se presentaría la oportunidad de ver claro en todo aquel asunto.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el copiloto.

Ranoke lo tomó y encendió.

—Señor —la voz le hizo volver la cabeza—. Uno de los pasajeros está muy inquieto y pregunta dónde se encuentra.

El tripulante tuvo que gritar para que Ranoke le oyera por encima del fuerte rumor de los motores.

Ranoke saltó de su asiento y fue rápidamente hacia donde se encontraban los científicos. Mueller le estaba mirando con una expresión inteligente.

—¿Se encuentra bien, doctor Mueller? —le preguntó.

—Creo que sí. ¿Puede explicarme lo que ocurre?

—Está usted a salvo. Vamos camino de los Estados Unidos.

Mueller respiró hondo, con evidente muestra de alivio.

—Creí que no llegaría este día. Siga hablando.

—Lo siento, doctor, hablará usted. Tengo que conocer lo que les ocurrió.

El doctor Mueller asintió con la cabeza.

—Comprendo —explicó—. Nos secuestraron a los dos, al mismo tiempo, según parece. Debieron narcotizarnos porque no recuerdo sino que llegué a mi casa al salir del trabajo una tarde. Luego, un individuo llamado Lustig se encontraba frente a mí y comenzó un interrogatorio. Me dijo que había sido llevado a Berlín. Después hubo muchas pausas. Supongo que debían tratarnos con alguna droga, porque había largos períodos de oscuridad en mi cerebro. Vea usted, ni siquiera sé el mes en que nos encontramos. La última fecha que recuerdo fue la del día del secuestro; el doce de julio.

Ranoke sintió como si le golpearan con una maza de mil libras de peso.

—¿Cómo puede ser eso, doctor? —replicó—. Yo estuve trabajando con ustedes hasta hace unos días. Estamos a seis de diciembre y ustedes dos se hallaban en Cabo Cañaveral el veintisiete de noviembre. ¿No me recuerda?

Mueller movió la cabeza negativamente.

—No recuerdo su cara, joven. Por la sencilla razón de que nunca le he visto antes. Obtendrá usted confirmación de lo que digo cuando Kempel pueda hablar. El doce de julio fue el último día que entré en la base de Cabo Cañaveral. Puede creerme, estoy en posesión de mis facultades mentales.

Ranoke le miró atentamente. Mueller parecía, en efecto,

completamente recuperado de los efectos de la droga que le habían administrado.

Entonces, súbitamente, comprendió la verdad. Ahora estaba clara la razón de todo, aquellas huellas de personas extrañas en el laboratorio del S.T.L., las cintas magnetofónicas impresionadas con trozos de un libro leído por Kempel y Mueller, el modo misterioso de cómo los saboteadores podían entrar a Cabo Cañaveral y, desde luego, la identidad de los criminales.

«La Fórmula X», había sido el nombre que le diera «herr» Lustig. El plan más audaz, eficazmente llevado a cabo, del espionaje internacional que registraba la historia.

Ranoke encendió un cigarrillo, ofreciendo uno al científico. Tenían mucho de qué hablar, para aclarar los últimos puntos del caso.

* * *

El mayor Coe miró a Bert Ranoke ceñudamente.

—Me gustaría saber qué es lo que está tramando —dijo amenazadoramente.

—Solo presentarle la solución del caso del modo más rápido posible. Llame al doctor Peters y dígame que traiga a Kempel y Mueller con él.

Coe, a regañadientes, hizo la llamada. En el despacho estaban, además, la hermana de Coe, Rita Caldwell, y el teniente Hann. Todos se sentía enormemente interesados y Ranoke llegó a encontrarse molesto de notar tantos ojos fijos en él.

—Bien, mientras llegan —observó el mayor Coe—, podría usted contarnos acerca de su viaje. ¿Dónde estuvo?

—En la zona soviética de Berlín.

—¿Qué tiene que ver ese lugar con nuestros problemas?

Ranoke sonrió irónicamente.

—Todo. Desde allí se dirigieron los fracasos que han sufrido. Desde allí se hubieran tramado más complots que solo Dios sabe hasta dónde hubieran podido llegar. He tenido mucha suerte, mayor. Normalmente, resolver el caso hubiera debido estar fuera de mis posibilidades, pero, tal como dije, un poco de suerte y otro poco de osadía han dado al traste con los planes de nuestros enemigos. Lo que ocurre es que no quiero empezar mi historia por el tejado. Primero verán algo que no van a creer; luego, sabrán.

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —ordenó Coe.

La puerta se abrió y entró Peters, seguido por el doctor Mueller y el ingeniero Kempel.

Hubo un intercambio de saludos, puesto que todos los presentes se conocían, y Coe rogó que se sentaran.

—Bien —sonrió Ranoke—, me gustaría saber algo, doctor Mueller. Usted y míster Kempel han sido buenos jugadores de golf. Sin embargo, han abandonado el deporte. ¿No creen que trabajan demasiado y puede resultar peligrosa la falta de ejercicio?

Mueller sonrió.

—Ciertamente, estamos todos bajo una gran tensión —contestó—. Creo que haré caso de su consejo. ¿Juega usted al golf también, míster Ranoke?

—¡Oh, no! —rechazó Ranoke—. Mi pasatiempo favorito son los juegos de magia. Me atrevería a decir que he alcanzado una habilidad extraordinaria. Vean.

Se acercó a los sillones que ocupaban Mueller y Kempel y levantó la mano derecha en el aire.

Luego, con la rapidez del rayo, les golpeó en la cara fuertemente, a uno con el derecho de la mano y al otro con el revés.

Los dos golpes sonaron secamente. Mueller y Kempel se echaron hacia atrás y los demás sufrieron una de las más grandes conmociones de sus vidas.

¡Los rostros de Mueller y Kempel habían cambiado en un segundo!

Las facciones de los científicos se habían convertido en dos rostros deformes, monstruosos, cuya sola vista horrorizaba.

Ranoke, imperturbable, le dijo a Hann.

—Son suyos, teniente. Las huellas de estos dos tipos eran las que nos fastidiaron en la investigación. Ordene que se los lleven a lugar seguro y aguarde a escuchar la asombrosa historia de cómo dos científicos, Mueller y Kempel, a los cuales tengo aquí, en Cocoa, fueron raptados y sustituidos por dos espías entrenados en la zona soviética de Berlín, luego de cambiarles las caras hasta reproducir fielmente las de aquellos; de cómo estudiaron su papel perfectamente, escuchando la voz de los sabios, impresionada en cinta magnetofónica. Un buen trabajo, que he destruido de un golpe, puesto que tuvieron que emplear alambre de platino y trozos de plástico para tal trabajo, efectuado por un doctor llamado Essig. Conocerán la conjura que planeó un «herr» Lustig, un ruso escondido bajo nombre ficticio, para hacer fracasar los esfuerzos de Cabo Cañaveral y ganar tiempo a fin de conseguir éxitos de propaganda cuando los soviéticos alcanzaban los objetivos

científicos antes que nosotros. La completa historia de una conspiración que fue llamada por sus creadores con el extraño nombre de una fórmula; «Formula X».

* * *

En la madrugada del día 3 de marzo de 1959, una nueva prueba, el «Pioneer IV» despegó de Cabo Cañaveral. Entre los invitados a presenciar el hecho, se encontraba Bert Ranoke, agente del F.B.I. Uno de los técnicos se sintió interesado por la concentrada atención que el agente federal puso para seguir cada momento del lanzamiento.

—Está más nervioso que cualquiera de los que hemos ayudado a construir y lanzar el cohete —observó, dirigiéndose al mayor Coe—. ¿Quién es?

Este sonrió.

—Bert Ranoke —respondió en voz baja—. Agente especial del F.B.I. Sepa una cosa, Roberts, ese hombre ha hecho más por el éxito de estas pruebas que ninguno de nosotros y, aún, que todos juntos. Le debemos, entre otras cosas, que este lanzamiento pueda ser un éxito.

* * *

Cuarenta y una horas después de despegar, el «Pioneer IV» pasó a unas treinta y siete mil millas de la luna, cambió su dirección y pudo iniciar una órbita alrededor del sol, según los planes fijados. Resultó un éxito completo. El satélite, de 13,40 libras de peso, seguirá recorriendo su órbita mientras exista el Sistema Solar.

El camino del espacio quedaba abierto.

F I N

Una selección de los éxitos mundiales de la serie F.B.I., realizada especialmente para los lectores de la lengua hispánica.

- INTRIGA
- SUSPENSE
- ACCION

Selecciones

F.B.I.

La colección que demuestra con su éxito continuado que es, naturalmente, una publicación de



EDITORIAL ROLLÁN, S. A.

Amaro García.17 • MADRID-5

Aparecen los jueves



Editorial Rollán, S. A.

Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

8 Pesetas

Notas

[←1]

Véase «Misión: encontrar a Johson», aparecido en esta colección.